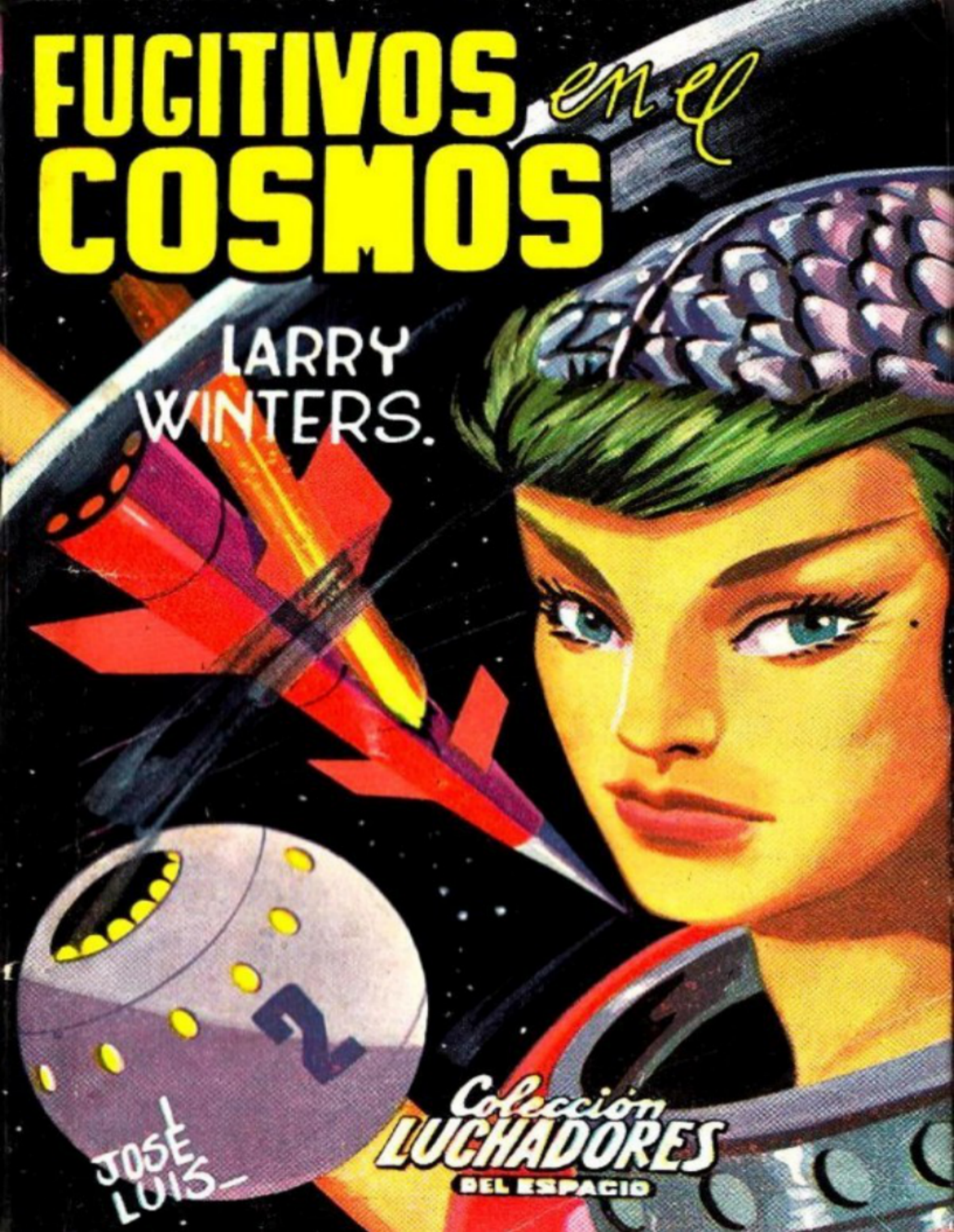

FUGITIVOS en el COSMOS
LARRY WINTERS.
JOSÉ LUIS
Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

FUGITIVOS EN EL COSMOS

Larry Winters

FUGITIVOS EN EL COSMOS

EDITORIAL VALENCIANA
CALIXTO III, 23 - VALENCIA

Colección LUCHADORES DEL ESPACIO

PERSONAJES

***George M. Murdock, Mario Alvos, James Thddim, Leder Doc*.**— Vagabundos del espacio a bordo de una aeronave marciana.

Enoka, Durisan, Cesia.—Mujeres-soldados del reino de Kaoni.

Akos.—Hombre de Kaoni.

Travers, Betly Patterson, Kingston, Allyson, Daniels, Andei son, Kelly, Hunler, Somerville, Morris, Finnegan. *—Científicos y técnicos supervivientes de la primera expedición sideral terrestre.*

A MODO DE INTRODUCCIÓN

PESE al tiempo transcurrido desde entonces, no obstante los días de convivencia entregados al trabajo, alternando las ocupaciones con los obligados descansos, el hecho resultaba increíble para todos. Llevados por dramáticas y fantásticas circunstancias, dos grupos de hombres de la Tierra se habían encontrado sobre la superficie volcánica y hostil de un planetillo perdido en las inmensidades del espacio; y para dar más alicientes a la excitación y a la mutua sorpresa de su encuentro, con ellos había también otros seres desconocidos, hombres y mujeres de aspecto casi humano y de características muy semejantes a las terrestres, que se decían procedentes de un planeta llamado Kaoni, otro mundo cuya existencia nadie era capaz de suponer.

Lo único cierto entre tantas suposiciones era que su presencia sobre aquel planetillo coincidía en muchos aspectos y que sus puntos de contacto eran demasiado semejantes para no crear un ambiente de curiosidad y ansia de saber, que en los primeros días dominó, incluso, sobre el primordial de los trabajos que estaban realizando: preparar el regreso a la Tierra.

De una parte estaba el grupo capitaneado por Harry Travers y compuesto por una serie de hombres de ciencia, técnicos y militares, que a bordo de una nave sideral *—el Silver Star—* surcaron las profundidades del espacio a lo largo de una expedición al éter que culminó con el descubrimiento de sentimientos hostiles hacia la Tierra; la certeza de la existencia de una raza predominante sobre las alturas del Universo y el conocimiento del peligro que, remoto o próximo, pesaba sobre el planeta mejor dotado del Reino del Sol. Aquella expedición emprendida con unos ambiciosos planes científicos y guerreros, se había transformado en la embajada

angustiada y temerosa de unos hombres que ansiaban regresar para comunicar sus descubrimientos, correr el riesgo de que les tomaran por locos, prevenir a sus semejantes del peligro que corrían y tratar de unificar al mundo para hacer frente a la amenaza.

Tras arduas aventuras y desafío de riesgos y peligros llegaron hasta aquel planetillo con su nave averiada e inútil, la vieron destrozarse en el aterrizaje forzoso intentado con más fortuna que recursos, y renacieron a la vida después de lamentar la muerte de dos de sus compañeros como irónica risa del destino que les preservó con vida a lo largo de peligros infinitamente mayores. Se enfrentaron después con la sorpresa de verse socorridos por compatriotas suyos, auxiliados con los maravillosos remedios de una ciencia desconocida que entusiasmaba al doctor Hunter —uno de los recién llegados— y llenos de esperanza al saber la existencia de otra aeronave muy superior en potencia, recursos y condiciones de vuelo a la destruida, y que habría de servirles para regresar a la patria tan pronto como consiguieran repararla.

Consideraban como algo sensacional su propio relato y se sorprendieron observando las sonrisas que sus palabras producían entre los oyentes, pero su pasmo creció de punto cuando los componentes del otro grupo, con un piloto llamado George Murdock a la cabeza, se les revelaron como auténticos veteranos del espacio, como verdaderos precursores de la navegación sideral, como hombres que no necesitaron el auxilio de la ciencia ni del dinero para verse lanzados al espacio, ya que fueron arrebatados de la Tierra por la acción corsaria de una aeronave marciana que se posó entre las lujuriosas espesuras del «infierno verde» brasileño.

Si fantásticas e increíbles parecían a Travers y a los suyos sus propias aventuras, más asombrosas resultaron las de Murdock y sus compañeros a medida que el relato del piloto iba dándoles cuerpo y su palabra amena y fácil convertía a cada uno de los oyentes en el principal protagonista. Hasta se habrían tomado por elucubraciones febriles de no estar corroboradas por la presencia de aquellos seres desconocidos, los hombres de Kaoni, que demostraban una larga convivencia con los terrestres a juzgar por ¡a relativa facilidad con que llegaban a hacerse entender, tanto en inglés como en su propio idioma.

—Créame, Murdock —llegó a confesar Harry Travers—. De no ser porque no hay razón para ello y porque tanto usted como yo podríamos hacer lo mismo con nuestros respectivos relatos, llegaría a considerarlo un embustero y a rechazar sus palabras considerándolas visionarias.

—Es usted muy dueño, ingeniero —repuso el piloto—, pero estoy convencido de que me cree en todo, de la misma forma que yo considero veraz su relato.

—Hay también otra razón —terció el profesor Daniels, el astrónomo de la expedición científica—. Y es que en la Tierra, pese a ocuparnos tanto de las cosas del espacio y vaticinar tantas y tantas teorías acerca de la existencia de vida en otros planetas, no hemos llegado nunca a persuadirnos de ello y hasta rechazábamos instintivamente tales ideas. Por ello, cuando nos enfrentamos con la realidad, el hecho nos parece más sobrenatural e increíble.

—Y fascinador al mismo tiempo, profesor Daniels —dijo Beatriz Patterson, prometida de Travers y única mujer terrestre entre todos los reunidos sobre la corteza de aquel planetillo—. Tanto, que he procurado tomar nota detallada de cuanto se ha dicho, con la esperanza, tal vez, de que aprovecha, para el futuro de la Tierra… o para hacerme famosa escribiendo un libro sensacional —sonrió.

Sentados en torno a la alegre hoguera que guarnecía la entrada de la gruta que les servía de alojamiento y taller de reparaciones, rodeados a distancia por las llamaradas rojizas de los volcanes cubiertos bajo el velo de bruma que entenebrecía el cielo y en un anochecer idéntico a los que ya estaban acostumbrados a presenciar, se disponían a escuchar las palabras de George Murdock quien relataría el final de sus andanzas. En noches anteriores conocieron las primicias a través de las voces del alegre y simpático James Tiddim, de Mario AÍves y de Lester Doc, mezclándose con la de su jefe para explicar las incidencias de su salida de la Tierra a bordo de una esfera marciana, las circunstancias que requirieron la presencia de aquellos pilotos norteamericanos en un lugar tan apartado y perdido como la jungla amazónica para buscar uno de sus aviones, desaparecido en circunstancias extrañas; su primer contacto con aquellos seres de repugnante aspecto e incontrolable poder, su vuelo a través del espacio, el avistamiento siniestro de Marte y su arribada final al amarillento planeta Tarjas, la colonia industrial en donde gemían como esclavos las masas de cautivos de diversas condiciones y razas, escoria de los combates y las conquistas, obligados a trabajar de forma inhumana en la extracción de los minerales radioactivos que Marte necesitaba como algo vital para sus ejércitos. Les oyeron relatar las circunstancias de su sublevación, su encuentro sorprendente con un minero australiano que fue el alma de la revuelta y que murió allí sin poder alcanzar la libertad; les escucharon contar el feroz combate mantenido contra la guarnición marciana, compensando la

desigualdad de armamentos con la superioridad de su número... y supieron por fin de su fuga a bordo de las mismas aeronaves marcianas llegadas a Tarjas para llevarse el producto de su agotador trabajo[1].

Esta vez iban a escuchar el final de aquellas aventuras; conocer los misteriosos pasos que les condujeron hasta aquel planetillo; las circunstancias de su encuentro con los hombres de Kaoni...

—Le estamos esperando, señor Murdock —sonrió impaciente Beatriz Patterson, aprestando el lápiz y el bloc de notas.

—Allá voy, mi querida señorita —repuso Murdcck—, pero debo hacer una salvedad, y es que desde entonces semeja haber transcurrido tanto tiempo que los detalles comienzan a esfumarse en el olvido. Podré hacerles un relato a grandes rasgos, pero...

—No lo crea, señorita —rezongó Jimmy Tiddim.

—Yo tengo una memoria sorprendente y le ayudaré a recordar cada palabra y cada minuto. Podrá usted completar un buen informe, se lo aseguro, y le ruego haga especial mención de las malditas pastillas que estamos comiendo desde hace un millón de siglos, y las ganas que tengo de hincarle el diente a algo sólido y fresco, un pollo, por ejemplo.

Hubo risas contenidas y Murdock reclamó silencio con un ademán. Encendió el cigarrillo que Travers le ofrecía y lanzó una bocanada de humo con ademán satisfecho.

—Continuaré nuestra historia —dijo—. Si no recuerdo mal la terminé con nuestro regreso hacia la Tierra; pero esta vez procuraré darme prisa, porque me temo que la novela que la señorita Patterson piensa escribir vaya a ser una segunda edición de «Las mil y una noches». Bien, allá voy.

Ya les dije que con nosotros venían unos indígenas amazónicos...

Y nuevamente prendió el interés en los oyentes hasta el punto de sentirse transportados a la época y lugar que mencionaba Murdock, identificarse con él y notar cómo su relato iba cobrando vida hasta ¿el punto de convertirse en algo tangible.



CAPÍTULO PRIMERO

EMPUJADOS AL ESPACIO

AL fin solos —había exclamado cómicamente James Tiddim cuando, después de interrumpir la marcha por última vez para desembarcar al postrer grupo de compañeros de viaje, emprendieron definitivamente el regreso hacia la Tierra—. AI fin sotos, después de...

¿De cuántos días o meses? Ninguno de ellos fue capaz de medir el tiempo transcurrido desde que abandonaron el planeta de origen, pero en todos latía el recuerdo de sus aventuras, de las emociones vividas que acumulaban con el peso de las montañas de años. Estaba muy lejano el momento de su captura durante la exploración del «infierno verde» amazónico, su traslado a través del espacio en

una nave sideral, su esclavitud en el planeta amarillo de Tarjas, la terrible lucha librada para alcanzar la victoria y el latente temor que aún sentían ante la asechanza de las flotas armadas de Marte, que a buen seguro estarían buscándoles afanosamente para cobrarse en ellos la derrota sufrida en Tarjas. Regresaban a la Tierra, y su esfera plateada surcaba el espacio a enorme velocidad aunque convertida en algo insignificante, en un bólido apenas perceptible si se le comparaba con la majestad y grandeza de las estrellas y soles que brillaban por millones entre la inmensa negrura de la noche eterna.

Recordaban también como algo perdido entre el pasado el momento en que la formación de aeronaves, alcanzado un punto remotamente alejado de aquel planeta amarillo en donde sus tripulantes acababan de librar la última batalla, comenzó a disgregarse en una serie de maniobras que la magnitud del Cosmos hacía aparecer como ridículas e inverosímiles. Fue como si, llegadas a una encrucijada de invisibles caminos, cada una de aquellas esferas plateadas emprendiera la ruta más corta hacia su punto de destino, desperdigándose en el espacio y disminuyendo rápidamente de tamaño mientras las ondas de la radio y las pantallas televisoras transmitían los últimos mensajes y los postreros ademanes de despedida de los seres enconados en ellas. Durante interminables jornadas, dos esferas acompañaron a la ocupada por Murdoek, Alves, Lester Doc, Jimmy y los cuatro indígenas amazónicos supervivientes; con ellos viajaban también seres de distintos planetas que, a intervalos irregulares, les fueron abandonando y pasaron a las aeronaves que les acompañaban a bordo de las esferillas de emergencia emplazadas en la parte baja. Por último, sólo aguardaron a que los extraños botes de salvamento estuvieran de nuevo en sus sitios habituales y se despidieron definitivamente de los que ya emprendían su ruta.

— ¡Esto parece un tren correo! —musitó divertido Jimmy en una de aquellas ocasiones—. ¡Avisadme cuando la próxima estación sea la Tierra!

Desde entonces había pasado el tiempo, se quedaron solos en el espacio, y ahora surcaban el éter bajo la luz de las estrellas buscando ansiosos la imagen azulada de la Tierra que las distancias astronómicas confundían con uno cualquiera de aquellos incontables puntos luminosos.

— ¡Por mi vida! —tornó a exclamar Jimmy cuando su voz alegre no encontró eco en sus compañeros de viaje—. No parece sino que os desagrada volver a casa, amigos.

Su observación nacía de la sombría expresión que observara en George Murdock, inmóvil frente al redondo ventanal de la cabina de mando, silencioso y con ademán preocupado, abstraído en la contemplación de las maravillas del Cosmos que tan cerca tenía de los ojos. Atareado con los mandos, absorto en el estudio de aquellos complicados mecanismos, Mario Alves tenía también una actitud extraña, pensativa y temerosa y solamente Lester Doc —ocupado en perfeccionar sus conocimientos del dialecto amazónico— y el mismo Jimmy desentonaban notablemente del conjunto.

—Nada, nada caballeros —continuó el mecánico con tono ofendido—. Pueden ustedes proseguir en su actitud mientras yo entono los cantos funerales que considere más apropiados para este entierro.

—Puede que tengas razón, Jimmy —le contestó Murdock después de un breve silencio—. No estará de más que vayas ensayando tus salmodias, y hasta es posible que pronto te veas en la necesidad de entonarlas como último homenaje a la Tierra, a sus habitantes y a nosotros mismos.

Y como queriendo cortar el gesto de asombro que se reflejó en el rostro de Tiddim, como queriendo disipar la idea que le llevaba a pensar que tal vez su jefe y amigo no coordinaba demasiado bien, añadió despacio:

—No se te ha ocurrido pensar que hay muchos seres en el espacio que conocen perfectamente la ruta hacia la Tierra, ¿verdad, Jimmy?

—Pues... sí; pero ¡cáspita!, ¿a qué viene eso ahora?

—Yo te lo diré, Jimmy —repuso Alves abandonando el sillón de pilotaje de la esfera y acercándose a él—. Hace un rato, Gcorge y yo cambiamos impresiones acerca de los pensamientos comunes que nos asaltaban; nos comunicamos nuestras deducciones acerca de ellas y...

—Y creísteis que yo, mientras tanto, me chupaba el dedo, valga la expresión —terminó el mecánico mientras Lester asentía mudamente—. Pues no, amigos; mucha es la alegría que siento por regresar a la Tierra, pero mi entusiasmo no me ha impedido pensar, reflexionar profundamente acerca de todo cuanto he visto y conocido, darme cuenta de lo que pasaba y sacar mis propias conclusiones de todo ello. Se trata de aquel hombre de Noidim, ¿me equivoco?

—No, muchacho —contestó Murdock rápidamente—. Nadie de nosotros conocía el manejo de estas esferas; ninguno las vio jamás

ni tampoco hasta ahora penetró en ellas. Actualmente conocemos más o menos perfectamente el cúmulo de maravillosos y ultramodernos instrumentos que encierran, sus mecanismos, utillaje, motores, armas; todo nuevo, todo revelador de una terrible potencia y una increíble fuerza, frente a la cual resulta vulgar y anodino todo cuanto en la Tierra pasa por ser el último descubrimiento de la ciencia humana. Nosotros, simples pilotos para quienes la navegación sidérea entraña un cúmulo insondable de misterios, hombres para quienes resulta fantástico todo cuanto nos rodea, seres sin casi experiencia ni instrucción, éramos incapaces, no ya de trazar un rumbo, fijar una posición en la inmensidad del espacio o seguir una ruta determinada, sino también de manejar sin riesgos y peligros todos estas instrumentos.

—Y, sin embargo —añadió Alves—, un hombre de Noidim, un ser extraterrestre de quien sólo conocíamos su condición de esclavo, un simple cautivo que con nosotros padeció en el infierno de Tarjes, supo trazar nuestra ruta sin lugar a error, calcular la trayectoria de la aeronave con la seguridad de un experto, ajustar los instrumentos para que siguieran el rumbo de una manera automática y añadir las necesarias instrucciones para que nuestro aterrizaje se llevara a cabo felizmente.

—Todo ello revela —terció nuevamente Murdock —si no precisamente una inteligencia muy superior a la nuestra, al menos un conocimiento práctico de los instrumentos, una familiaridad completa con esta clase y modelo de aeronaves, máxime si se tiene en cuenta que se trata de una aeronave marciana y que, por lo tanto, los hombres de Noidim no han debido tener muchos puntos de contacto amistoso con seres que resultaron ser sus enemigos, hecho probado con la cautividad del noidio en Tarjas. Sólo una cosa es cierta: que tanto marcianos como noidios conocen a la perfección la ruta de la Tierra; que cuentan con medios poderosos, desconocidos para los terrestres, y que tal vez entre en sus propósitos la ambiciosa mira de pretender su expansión por el Universo y extender sobre todo él su afán de dominio.

—O lo que es lo mismo —completó Jimmy—. Que la Tierra está en peligro y que nosotros somos la embajada que iniciará sus preocupaciones y temores con respecto al futuro… en el supuesto, claro está, de que alguien se digne escucharnos con calma en lugar de hacernos internar en una casa de salud.

—Estoy impaciente por llegar —dijo Lester—. Quizá nuestro relato estimule a la Humanidad y le haga ver el peligro que corre.

—Somos nosotros quienes corremos peligro, muchacho —repuso Jimmy riendo—. Nadie me sacará de la idea del manicomio, porque será digna de verse la expresión de nuestros científicos cuando les digamos: «Caballeros, existe la vida en el espacio infinito; venimos de un planta llamado Tarjas, de suelo amarillo y rico en minerales radioactivos, en donde millares de seres vivos perecieron durante una cruel batalla que les condujo a la libertad». ¿Qué os parece? Como discurso no está del todo mal, ¿eh?

—Ojalá estuviese Tom Mortimer con nosotros en lugar de formar parte del polvo de Tarjas —añadió Lester—. Al menos él tenía una experiencia muy superior a la nuestra y podría añadir informaciones y detalles que nosotros desconocemos.

—¡Pobre Mortimer! —se lamentó Jimmy—, ¡Ir a morir en aquel asqueroso planeta cuando estaba tan cerca de la libertad!

—Está bien —terminó Murdock con gesto impaciente—. Acabemos con nuestras inútiles lamentaciones y ocupémonos en tareas más efectivas. Si el noidio no nos engañó, dentro de poco llegaremos a una distancia tal de la Tierra que hará posible la comunicación por radio dentro de la potencia de nuestros transmisores. Para entonces quiero tener preparado un avance de informe de todo cuanto nos ha acontecido, y es posible que, escuchándonos desde el espacio, evitemos el manicomio que tanto miedo da a Jimmy. Vamos a trabajar, amigos; que cada uno anote los hechos más sobresalientes que recuerde desde la partida de la Tierra. Luego los resumiremos en un escrito detallado para transmitirlo a los nuestros.

Con su paso silencioso entró en la cabina uno de los indios amazónicos, uno de los cuatro supervivientes de los siete indígenas que con ellos compartieron viajes y aventuras. Jamás pudieron entenderse con ellos durante el trayecto hasta Tarjas, fue necesario resistir por la fuerza el desesperado ataque, a que la locura empujó a sus primitivos cerebros, tomando como causantes de sus desventuras a los hombres blancos que con ellos compartían el encierro, y sólo después de la batalla, alcanzada ya la libertad, Murdock y los suyos lograban conversar apenas en la enrevesada lengua de los esclavos, cambiando algunas palabras que, juntamente con la perruna expresión de fidelidad que adornaba los semblantes de los amazónicos, eran los únicos indicios de su amistad y compenetración.

—Oye, Murdock —dijo Jimmy con un brillo de travesura en sus ojos al contemplar al indígena—. ¿Crees que nos sería posible,

disfrazándolos un poco, hacer pasar a estos indios por habitantes de otros planetas? Resultaría verdaderamente fantástico el hecho, ya que no se nos ocurrió raptar a ninguno de nuestros compañeros de viaje para presentarlo, además de la aeronave, como prueba de nuestras afirmaciones.

—Siempre con ganas de broma, Jimmy —repuso George riendo a su pesar—. Aunque, verdaderamente, de raptar a alguien había preferido tener entre nosotros al noidio que calculó la ruta. Me gustaría conocer a fondo las cualidades de ese pueblo, su civilización, su cultura, su lenguaje, sus pensamientos.

—Siempre estamos a tiempo de dar la vuelta e intentar su captura —dijo Alves—, contando, es claro, con el permiso de Jimmy… Total, sólo significaría retrasar nuestro regreso a la Tierra tal vez durante un par de años.

—¿Dos años? —rugió Tiddim—. ¡Ni soñarlo, Alves! Aquí nadie da la vuelta, aunque tenga que emplear para ello estos dos «argumentos» —añadió señalando sus puños.

—Basta ya, muchachos —cortó Murdock—. Dediquémonos al trabajo que es lo que ahora más nos interesa. Exprímete la mollera, Jimmy, y anota todo cuanto recuerdes: nombres de personas, planetas de origen, características raciales… todo cuanto tenga importancia. Tú, Alves, puedes encargarte de confeccionar una especie de vocabulario con aquel condenado lenguaje que hablábamos en Tarjas; quizás nos sirva para identificar en el futuro los idiomas de los distintos planetas que conocemos a través de sus pobladores.

—No será un vocabulario muy extenso, George —protestó aquél —. Maldita sea si me acuerdo ahora de media docena de palabras.

Ni la alegría desbordante y tradicional de James Tiddim, ni sus constantes ganas de broma, sirvieron para disipar en las horas siguientes el afán de trabajo de sus compañeros que llenaban unas delgadas hojas de materia plástica con los trazos nerviosos de su caligrafía. Varias veces conectó Murdock la emisora, lanzó llamadas al éter confiando en recibir respuesta de la Tierra, y otras tantas hubo de desistir en su empeño ante el hosco silencio del transmisor. Los indígenas amazónicos, mientras tanto, entraban y salían en la cabina, recorrían las dependencias de la esfera, se extasiaban ante el juego de luces del tablero de mandos o ante el cúmulo ingente de maquinarias, charlaban y parloteaban en su extraño idioma acerca de las maravillas encerradas en aquella casa voladora y se comportaban como niños ante un juguete nuevo.

—Voy a tener que encerrarlos, jefe —dijo Lestar. —Son capaces de provocar una hecatombe si no andamos con cuidado.

—No lo creo —repuso Alves—. Les pasma todo cuanto ven, pero no se atreven a tocar nada por el temor instintivo que experimentan. Moreira disfrutaría a sus anchas interrogándoles ahora.

El recuerdo del comisario brasileño que tanto les ayudara en los primeros momentos de la exploración de la selva amazónica, reavivó las ansias que todos sentían por llegar a la Tierra y contribuyó también a hacer más eterno el tiempo que mediaba hasta entonces. Se añadía a todo ello el constante silencio de la radio, la inutilidad de las llamadas que Murdock hacía a intervalos irregulares y muy espaciados.

—Acabará por ponerme nervioso —dijo soltando las hojas de plástico y dirigiéndose hacia el ventanal para contemplar el espacio.

—Todos lo estamos desde la salida de Tarjas, George —contestó Alves imitándole—, pero me imagino que esta situación acabará muy pronto.

—Así lo espero —contestó sombrío el norteamericano.

Se entregaron nuevamente al trabajo. Poco a poco iban cobrando forma los recuerdos plasmándose en su informe concreto, detallado: allí estaban los datos de las instalaciones de Tarjas, diseños de las construcciones y hornos atómicos, del funcionamiento de la línea aérea de vagonetas y de sus instrumentos de control; había también toscos retratos de los hombres que con ellos compartieron la esclavitud, extractos de su modo de ser y de vestir, de sus reacciones personales en la lucha... Allí estaban los velludos y robustos seres de Minos con su hercúlea fuerza, los esbeltos y casi humanos —por su apariencia— de Thyle, los noidios de piel rojiza y aspecto externo tan semejante a los hombres de Marte...

El zumbar monótono de los motores atómicos y las vibraciones de las planchas metálicas del piso se juntaban con el murmullo de sus respiraciones. Pasaban los segundos, y los minutos se convertían en horas eternamente largas.

—Ya está bien —dijo Jimmy abandonando las cuartillas y enderezando su poderosa anatomía en instintivo desperezo—. Será mejor que comamos alguna cosa antes de continuar el reportaje.

—Arregla tú mismo la minuta, Jimmy —gruñó zumbón Mario Alves—. Mira a ver qué hay en nuestra despensa.

Volvió poco después el mecánico llevando ceremoniosamente una cajita de metal y se acercó a sus compañeros bailándole la risa en los labios.

—Faisán trufado, caviar y piña en conserva para el teniente Alves— dijo entregándole la consabida pastilla grisácea que constituía su alimento—. Para Murdock tengo un buen solomillo de vaca, adornado con patatas, salsa escocesa y mucha mostaza —añadió, repitiendo la operación—. Para Lester hay una sabrosa langosta a la Cardenal, tortilla al ron y pastel de manzana. Y para mí... ¡Santo Dios! Creo que no tengo apetito pese a hacérseme la boca agua nombrando tantas exquisiteces.

—Trágate la píldora, Jimmy —ordenó Murdock—. Tuya será la culpa si esta comida llega a sentarnos mal.

—Huevos con jamón, tortas de harina, dos bocadillos de queso y una taza de café cargado —murmuró tristemente el mecánico mirando su pastilla y sin decidirse a tragarla—. ¡Por cien millones de bujías! ¡Prometo que en cuanto...

— ¡Cállate, Jimmy! —cortó Murdock haciendo un gesto imperativo.

Y cuando el mecánico creyó que la orden estaba motivada por sus digresiones culinarias, percibió también la extraña vibración que llamara la atención de sus compañeros que se miraban sorprendidos, los cuales, con la cabeza erguida y un brillo de extrañeza en los ojos, escuchaban atentos.

— ¡Qué diablos...! —comentó Jimmy.

Su frase quedó interrumpida por el estruendo de una explosión sorda que todos sintieron bajo las planchas metálicas que le sustentaban, y a continuación hubo una segunda detonación, fuerte, vibrante, poderosa, que sacudió a la aeronave entera haciéndola bambolearse con violencia inusitada.

Incorporándose del suelo a donde les lanzara la sacudida, se lanzaron rápidamente hacia la puerta de la cabina; abierta aquélla y en pleno pasillo que conducía a la plataforma elevadora, sintieron ya la sensación de ardiente calor que semejaba aumentar por momentos, y su incertidumbre y angustia subió de punto cuando la abertura que daba paso al ascensor se llenó con la masa llameante de un cuerpo humano que se desplomó en el pasillo revolcándose de dolor, lanzando aullidos estremecedores, carbonizándose ante los ojos espantados de Murdock y los suyos, y casando por último en los estremecimientos para quedar convertido en una masa negruzca que exhalaba un aroma dulzón.

— ¡Es uno de los indígenas! —gritó Jimmy.

Un haz de llamas brotó por la abertura del elevador. La atmósfera de la esfera comenzó a hacerse irrespirable y la luz bajó de tono denotando la gravedad de la avería. El calor se hacía insoportable y las llamas rugían amenazadoras con el incremento del incendio que debía llenar toda la parte inferior de la esfera.

— ¡Hay que ir abajo! —ordenó Murdock —¡De prisa!

Resultó imposible utilizar el ascensor, lleno de humo y llamas, y se deslizaron por la escalerilla vertical sintiendo quemar bajo sus manos los peldaños metálicos. Todo el tubo central que comunicaba las distintas dependencias de la aeronave era como una gigantesca chimenea, como el cráter de un volcán en erupción que arrojaba ardientes llamaradas, activadas más y más por la combustión de diversas sustancias químicas que llenaban el ambiente con sus acres gases. Llegar a la planta inferior suponía tanto como introducirse en aquel infierno, pero allá abajo estaba también el único medio de salvación do que disponían —las esferillas de emergencia encajadas en sus tubos de lanzamiento— y hacia ellas se dirigieron, protegiéndose la cara, chamuscándose las manos y el pelo, sintiendo espoleados sus cuerpos por el aguijón de las quemaduras. Todavía no podían comprender cómo se originó el accidente, aunque la visión de aquel indígena ardiendo les llevaba a la conclusión de que no debía ser ajeno a lo ocurrido.

— ¡Ahí hay uno, Murdock!— advirtió Alves señalando la figura yacente de un amazónico, medio oculto por el humo gelatinoso y blanco que invadía el pasillo.

Le arrastraron con ellos después de intentar reanimarle. Una nueva explosión retumbó en el ámbito de la esfera y el fuego cobró nuevos bríos con ella dejando oír su crepitar entre los estallidos de los depósitos y los chasquidos secos de los contactos eléctricos.

— ¡Deprisa!... ¡Deprisa! —apremiaba Murdock, golpeando con su chaquetón contra las llamas que obstruían su camino.

Se abrieron paso dificultosamente hasta la planta inferior cuando ya semejaba percibirse claramente el movimiento de desplome de la esfera. Los «botes de salvamento», como en una ocasión les llamara Jimmy, reposaban en sus alvéolos, ocupando los vértices del cuadrado perfecto formado por sus tubos de lanzamiento y estaban listos para ser lanzados al espacio. El tiempo les vino justo para embutirse en las escafandras de presión almacenadas en las estanterías contiguas y corregir las desigualdades de su talla mediante el acople de los anillos metálicos

de la cintura; tomaron sus yelmos transparentes, cargaron con el equipo y el cuerpo del medio desvanecido indígena y se dejaron deslizar por la redonda escotilla de la esfera más próxima, sintiendo tras de ellos el golpe seco que aquélla produjo al cerrarse herméticamente.

—Debe ser esta palanca —murmuró dubitativo Jimmy.

Pero sólo consiguió al accionarla conectar las pantallas televisoras que, reflejando el panorama interno de la aeronave, les reveló el hundimiento del techo de la sala baja. Acertó Jimmy con el segundo conmutador c inmediatamente experimentaron todos la sensación de hundirse hacia abajo, impulsados por el aire comprimido encerrado en el tubo de lanzamiento. A través de la pantalla presenciaron el espectáculo fugaz de la aeronave envuelta en llamas y, por último, una postrera explosión cuyo sonido no se transmitió hasta ellos pero que acompañó las primicias de su nueva ruta con el fogonazo rojizo de la voladura y los fragmentos incandescentes de la esfera que, cual nuevos meteoritos, surcaban el espacio a terrible velocidad.

CAPÍTULO II

NUEVA CAPTURA

DEBIÓ ser un momento semejante, una sensación parecida a la que experimentamos a bordo del Silver Star cuando una esferilla de esas se estrelló contra él como si fuera una bala de cañón —dijo Harry Travers, ponderando el final que acababa de escuchar.

—Y menos mal que consiguieron llegar hasta la sala baja —añadió Betty.

—Desde luego, señorita —confesó Jimmy—, aunque le aseguro que nunca tuve tanto miedo como entonces.

—Pues bien presumías de valiente en aquellos momentos, Jimmy —se burló Lester Doc.

—Por favor, señores —rogó Allyson—, permitan a Mr. Murdock que continúe; su relato me interesa sobremanera. ¿Tomó usted nota de él, miss Betty?

—Absolutamente de todo, profesor —repuso la muchacha mostrándole el bloc lleno de trazos taquigráficos—. Incluso de las preguntas y respuestas.

—Pues continúe, señor Murdock —rogó el profesor.

—De acuerdo, siempre que alguien me dé un cigarrillo.

Se reavivó el fuego con una nueva carga de leña, se acercaron a las llamas para combatir el frío que comenzaba a dejarse sentir, y George Murdock tomó de nuevo la palabra.

—¿Qué intentabas hacer, Jimmy? —había preguntado Mario Alves al ver enredar al mecánico entre el tablero de mandos de la esferilla de salvamento.

—¡Maldita sea! —renegó aquél—. ¡Trato de encontrar la conexión necesaria para poner en marcha los motores de este trasto!

—Y qué importa eso ahora —rezongó Lester Doc acercándose—. ¿Sabes acaso dónde quieres ir, muchacho?

La pequeña aeronave se hundía cada vez con mayor velocidad en las profundidades del espacio, dejando atrás los fragmentos incandescentes y el resplandor lívido de las últimas llamaradas que anunciaron el final de la esfera plateada que les condujera desde Tarjas. Las estrellas y los astros, únicos testigos de la catástrofe, se

reflejaban ahora en la pantalla de televisión, magnífico medio do comunicación que la esferilla tenía con el exterior, mostrándoles la soledad insondable riel Universo del que ahora formaban parte como una minúscula porción de vida, latente en el interior de una frágil envoltura.

—Me importa a mí, Lester —repuso colérico Jimmy, y no voy a dejarme vencer por e1 desaliento y la depresión desde el primer momento. Allá vosotros, Murdock y todos, con vuestras suposiciones y pensamientos; yo pienso regresar a la Tierra y lo seguiré intentando mientras me sea posible y para ello voy a utilizar todos los medios de que dispongo. Esta vez considero nuestra actual situación como una cosa forzada por las circunstancias, pero así y todo pienso que tan sólo hemos cambiado de vehículo en nuestro viaje de retorno. Ahora, si continúas opinando como antes, entretente en ayudar a Murdock para vestir a ese indígena desvanecido; yo, mientras tanto, seguiré buscando el contacto de los motores e intentaré trazar un nuevo rumbo que nos lleve hasta la Tierra... o hasta el infierno si es necesario.

Cálmate, Jimmy —intervino Murdock conciliador—. Todo se hará a su debido tiempo y ninguno de nosotros ha de regatear sus esfuerzos para buscar la salvación. Cierto es que en los actuales momentos navegamos a ciegas, sin saber si nos acercamos a la Tierra o, si por el contrario, nos alejamos de ella. Pero antes de tomar ninguna determinación necesitamos conocer a fondo la aeronave que nos conduce, saber con qué elementos contamos para proseguir la ruta y qué perspectivas de triunfo se nos presentan. Y eso vamos a saberlo enseguida, tan pronto como este indígena esté completamente equipado y repuesto de la pequeña intoxicación que el humo le produjo. Ayudadme todos; vamos a ponerle la escafandra.

Vistieron al amazónico el traje metálico que tomaran para él y ajustaron en su cintura los anillos acoplando la escafandra a su anatomía. E! indígena había abierto los ojos y les miraba con expresión de terror, de incontenible pánico que le hacía estremecerse con violencia y musitar entrecortadas frases en donde se mezclaban palabras de su lengua nativa y de la jerga de Tarjas que todos ellos llegaron a conocer bastante aceptablemente.

— ¡Escucha eso, Murdock! —pidió Alves prestando atención a aquella especie de delirio.

El indígena repetía entrecortadamente todo cuanto había sucedido a bordo de la aeronave. Reprendía aún a sus compañeros y

les recriminaba Por la actitud imprudente que dio origen a la catástrofe.

—Los motores atómicos —rumió Jimmy—. Siempre imaginé que estos salvajes llegarían a hacernos alguna trastada. ¡Ojalá les hubiésemos encerrado como dijo Lester!

—Calla, Jimmy; la cosa ya no tiene remedio y nuestra responsabilidad es mayor que la de estos ignorantes salvajes.

Continuaban aquellas palabras entrecortadas y a través de ellas iban adivinando lo ocurrido. Faltaban tres hombres y era aquél el único superviviente de ellos; alguien se dedicó a husmear en la sala de motores, llamó a los demás para hacerles contemplar el maravilloso espectáculo de los quemadores de materias radioactivas... y una imprudencia, con acto de infantil inconsciencia o de instintivo temor les llevó a manejar algún instrumento cuyo objeto desconocían. Tal vez, ni siquiera llegaron a manipular en él y fue tan sólo un roce con el cuerpo o el brazo, un movimiento brusco o un retroceso asustadizo lo que provocó a todas luces una compresión en los quemadores. El resto era fácil de adivinar; la primera explosión, el incendio que se originó con ella y que a su vez sirvió para provocar un segundo estallido; el aumento de la voracidad de las llamas formando una reacción en cadena entre explosiones e intensidad del incendio... y por último el estallido final, la desintegración casi absoluta de la aeronave y el lanzamiento al espacio de los cinco supervivientes que ahora ocupaban la esferilla de salvamento que fue respetada, afortunadamente, por la catástrofe.

Fueron desintegrados —decía Alves—, y si éste todavía está vivo se debe seguramente a que intentó salir de la cámara de motores para avisarnos lo que ocurría... lo que podía ocurrir, mejor dicho. Recordad que le encontramos en el pasillo, cerca de la planta inferior de la esfera.

—Entonces... ¡Cielos, Murdock! —explotó Jimmy — ¡Este hombre debe estar contaminado por las emanaciones radioactivas!

—Si lo está él, también lo estaremos nosotros, muchacho —le contestó rápidamente Alves—. De hecho lo estamos ya desde el momento en que pusimos el pie sobre Tarjas, pero ese riesgo podemos descartarlo ahora porque nuestra exposición a las posibles radiaciones de la esfera fue escasa... o al menos espero que lo fuera.

—Basta de preocupaciones —cortó Murdock—. Si hay radioactividad en nuestros cuerpos el tiempo nos lo dirá.

—¡Pero cuando ello ocurra puede resultarnos fatal, Murdock! —

chilló Lester.

—¿Y qué quieres, muchacho? —se encogió significativamente de hombros Murdock—. Ni podemos prevenirla ni sabemos curarla. Pero basta de charla y vayamos a lo que nos interesa; necesito un inventario del utillaje de a bordo y vosotros os encargaréis de hacerlo mientras yo me ocupo de los mandos y de las reservas radioactivas. Voy a intentar hacer un cálculo del radio de acción de esta esfera, ver hasta dónde podemos llegar y si vale la pena intentarlo.

—Ahora eres tú quien te preocupas, Murdock.

—Tienes razón; pero ya está olvidado, muchacho.

Un detenido examen de las escasas dependencias de la diminuta esfera les llevó a la conclusión de que originariamente no se calcularon como aeronaves destinadas a surcar los grandes espacios siderales, sino más bien para servir de enlace entre las grandes esferas volantes y los planetas cercanos, para efectuar el intercambio de tripulaciones o personalidades entre dos o más aeronaves y, finalmente, para dar una sensación de seguridad y salvación a quienes, como ellos ahora, se consideraran náufragos del espacio y buscaran en ellas su refugio.

Su diámetro máximo era de unos cinco metros y estaban divididas horlzontalmente en dos hemisferios iguales por medio de una plancha metálica, taladrada para economizar peso. Correspondiendo al eje entre los dos polos había una escalerilla vertical que en su parte superior nacía de la escotilla de entrada, en su mitad se introducía por la trapa abierta en la plancha y en su parte inferior se apoyaba sobre el piso del departamento de máquinas que llenaba todo el hemisferio inferior.

Arriba había una cabina provista de dos sillones giratorios para los pilotos y un reducido banquillo acolchado en el extremo opuesto. Carecía de ventanas o aberturas para la visión del exterior y suplía esta deficiencia mediante dos pantallas televisoras, una colocada sobre el tablero de instrumentos a la altura de los ojos del piloto y su ayudante, y la otra, de mayor tamaño, formando un plano inclinado entre la escotilla y el frontis de forma que las imágenes reflejadas en ella podían ser captadas inmediatamente por quienes ocuparan el barquillo acolchado o por los mismos pilotos con sólo molestarse en levantar la vista. A un lado y a otro formando ángulo recto con el puesto de pilotaje, había sendos armarios de planchas metálicas igualmente perforadas. En ellos encontraron dos fusiles desintegradores y su correspondiente

munición, dos pistolas eléctricas con sus fundas y varios estuches conteniendo tres centenares de pastillas grisáceas que hicieron lanzar a Jimmy una exclamación:

—¡La comida está asegurada, amigos… siempre que a esto se le pueda llamar comida!

Había también una escafandra, repuesto de ropas confeccionadas con finísimas escamas metálicas, herramientas de extraño aspecto y desconocido uso y destino, y una serie de frascos cuidadosamente alineados y sujetos con caracteres escritos grabados sobre ellos, cuyo olor dulzón y sabor ácido hizo afirmar a Jimmy que se trataba de medicamentos, aunque nadie pudiese rebatir o corroborar tal suposición ni tampoco se decidieran a emplearlos como tales en ningún caso.

—Y eso es todo Murdock —terminó Alves entregándole una lista manuscrita—. Puedes añadir que he encontrado también cierta provisión de hojas en blanco, útiles de escritura y un par de libros escritos en idioma marciano y de los cuales sólo he podido comprender a lo sumo tres o cuatro palabras. Parece ser que se trata de manuales, de obras de consulta o series de instrumentos acerca de lo que deben hacer los perfectos náufragos en estas circunstancias. ¿Qué has averiguado tú?

Murdock estaba inclinado sobre el tablero que se extendía por debajo del cuadro de mandos, sumido en la contemplación de unas hojas llenas de números. Alzó la cabeza para contestar:

—Poco más o menos lo que podéis contemplar.

En primer lugar que los mandos de nuestro «cacharro» son una reproducción exacta de los de la esfera, lo cual indica que no habrá ninguna complicación para manejarlos. Los instrumentos son casi los mismos, aunque se echen a fallar algunos, y las operaciones a realizar en todo idénticas a las que ya conocemos. Después, la esferilla está movida por cuatro motores impulsados por energía nuclear. Y, por último, las reservas do materias radioactivas, están prácticamente intactas, según nos denuncia este indicador.

Jimmv y Lester Doc se habían acercado también para escucharlo y Murdock prosiguió:

—Me he metido en un buen lío al tratar de obtener un resultado concreto; utilicé como datos el tiempo empleado por estas esferillas en llevar y traer gente, su consumo aproximado, un poco de intuición, otro tanto do cálculo y un mucho de suposiciones. Tengo la convicción de que conseguiremos navegar un millón de kilómetros antes de que se agoten nuestras reservas y, por favor, no

me preguntéis si habré equivocado el cálculo porque no sabría repetirlo. ¿Os basta mi palabra? —terminó diciendo.

—No hay más remedio que aceptarla —repuso gravemente Jinuny—. Pero te advierto, George M. Murdock, que como ese millón de kilómetros se convierta tan sólo en novecientos noventa y nueve mil, harás bien en buscarte un escondrijo seguro para evitar que te descuartice.

—Correré ese riesgo —sonrió Murdock.

Los cuatro motores estaban dispuestos interiormente de forma que giraban sobre un árbol central para lanzar su rebufo en dos direcciones verticales, hacia abajo y hacia arriba, y otras tantas para el vuelo horizontal, hacia adelante y- hacia atrás. Emplazados por parejas en dos costados opuestos de la aeronave, provistos de orificios de escape colocados a distintas alturas, permitían toda suerte de maniobras que una persona hábil en el manejo de los mandos convertía en rapidísimas. Con marcha atrás a la derecha, y adelante con la izquierda, se originaba un viraje a la derecha o a la izquierda invirtiendo la maniobra, movimientos propios para cambiar de rumbo o para detenerse en el espacia por el procedimiento de girar rápidamente sobre sí misma. Del mismo modo se lograba ascender o descender colocando los motores en la posición adecuada, y hasta era posible el vuelo horizontal con los cuatro motores, con uno por cada banda menor consumo y menor velocidad— y hasta con uno sólo o los dos del mismo lado, aunque en éste último caso se hiciera necesario corregir a intervalos la deriva que la natural torsión de la aeronave originaba.

Era, en suma, una navecilla perfecta dentro de su pequeñez y con las solas limitaciones de las reservar, de material radioactivo que había de consumirse en sus quemadores para generar la energía necesaria, Por lo demás y salvo en la carencia de armas ofensivas a gran distancia, era casi semejante a sus congéneres de mayor tamaño que hasta unas pocas horas antes la albergara en su seno. Tenía asegurada una atmósfera respirable, no semejante a la que sus actuales tripulantes estaban acostumbrados a disfrutar en la Tierra, pero sí perfectamente soportable por sus organismos al igual que les ocurriera en Tarjas; disponía también de un centro gravitatorio artificial, de una planta generadora de energía eléctrica aprovechando los residuos de materias radioactivas, y su envolvente estaba diseñada para proteger á sus tripulantes de los efectos de los rayos cósmicos, dueños y señores de las alturas.

Si maravillosa era la aeronave que nos conducía —exclamó

Murdock entusiasmado—, todavía asombra más el contemplar tanta perfección dentro de esta pequeñez. El día que en la Tierra se consigan construir aparatos como éste, la aviación habrá dado un paso más gigantesco que el efectuado desde el tiempo de los Wrigth hasta los modelos supersónicos.

El averiguar todos aquellos detalles había llevado a Murdock y a sus compañeros muchas horas de paciente trabajo, en las que suplieron con la imaginación y medios intuitivos las deficiencias del idioma marciano en las inscripciones explicativas, y lo desacostumbrado del manejo de aquellos ultramodernos y delicados instrumentos. Pero se acabaron sus preocupaciones cuando George y Mario, aposentados ante el tablero de mandos, fueron estableciendo una paridad segura entre los útiles existentes y los de la aeronave desaparecida, recordando siempre las instrucciones que aquel hombre de Noidim les diera para su manejo. Todas las observaciones fueron anotadas, se bautizaron los instrumentos con nombres apropiados para su uso y, finalmente, elevado de nuevo a la categoría de jefe supremo por el acuerdo tácito de sus compañeros, George Murdock tomó el mando de la navecilla dispuesto a guiarla a través del espacio con la ayuda de Dios y de sus rudimentarios conocimientos.

—Todo está listo, amigos —dijo resumiendo las investigaciones —, y tan sólo nos falta un detalle importante que hasta ahora ha escapado a nuestras pesquisas. Uno cualquiera de esos instrumentos cuyo destino no hemos llegado a comprender debe servir para medir el tiempo. Cuando lleguemos a descubrirlo habremos ganado una importante batalla.

Nada podía achacárseles en contra de aquel detalle que parecía insignificante. Ninguno de ellos conocía la forma de medir el tiempo en el planeta Marte... y suponer que sus habitantes se regirían por el mismo sistema que la Tierra era una afirmación excesivamente absurda.

— Esperemos que ese reloj sea despertador, jefe —sonrió Tiddim—. Todo aquel que oiga un ruido semejante al timbre de un teléfono, tratará de localizarlo y comunicarlo inmediatamente al mando. Es una orden —terminó cómicamente.

* * *

Pasado un período de tiempo, que calcularon mediante el correr de un aparato que dieron en llamar «cuentamillas» y que avanzaba una unidad completa a intervalos regulares, siempre que la

velocidad fuese constante, alternando las ocupaciones con el dormir por turnos en la estrecha banqueta acolchada y constreñidos en el angosto espacio de la cabina, la atención de Jimmy que «estaba de guardia» según su propia expresión, se centró en aquel objeto que había captado en la pantalla de televisión después que un aparato semejante al radar terrestre le advirtiera su presencia con un zumbido de alarma.

— ¡Eh, vosotros! —llamó presuroso— ¡Venid acá.

Jimmy había conectado la pantalla grande y sobre ella, nítidamente destacado sobre el campo negro del espacio, percibieron un objeto brillante que se movía rápidamente avanzando hacia ellos.

—¡Invierte los motores, Alves! —ordenó rápidamente Murdock al darse cuenta de la trayectoria de aquel objeto—. ¡Nos estrellaremos contra él!

La esferilla, respondiendo a la maniobra se hundió verticalmente en el espacio descendiendo en pocos segundos un par de millares de metros antes de recobrar su vuelo horizontal. En la pantalla divisaron el surco luminoso de aquel objeto que ahora se perdía en el infinito.

—Era algo metálico, desde luego —dijo Alves—. Parecía… parecía un fragmento de nuestra propia aeronave, pero es imposible que volvamos a encontrarlos ahora porque hemos descrito una línea recta en nuestro vuelo.

—¿Y quién nos dice que no hemos trazado un círculo? —preguntó Lester torciendo el gesto—. Después de todo no estamos muy seguros en el manejo de estos aparatos.

—El rumbo se ha seguido perfectamente, Lester —aseguró Murdock—, y ese fragmento de metal no es de nuestra esfera… por la sencilla razón de que allí vienen más. El espacio está lleno de restos y destrozos.

Sus palabras prendieron la atención de todos que se precipitaron sobre la pantalla pequeña y la especie de radar que zumbaba incunablemente adviniendo la presencia de aquellos objetos. Durante los minutos siguientes, los tripulantes de la esferilla sudaron agarrados a los mandos, maniobrando violentamente, aumentando la velocidad o deteniéndose, serpenteando entre el incontable número de fragmentos y despidos que poblaban el éter a manera de meteoritos artificiales y cada uno de los cuales podía destruirles con el impacto de su choque.

— ¡Cien millones de bujías! Pero ¿qué está pasando aquí?

Poco después, y siempre a enorme distancia, el detector comenzó a captar una especie de vibraciones o sacudidas que en el vidrio deslustrado de su pantalla se marcaban con unas ráfagas de luz, parpadeantes y rápidas.

—¿Serán relámpagos? —insinuó Jimmy.

—No creo que tal fenómeno se produzca en estas inmensidades —repuso Murdoc—, y más bien me inclino a pensar...

—¡Es un combate sideral, Murdock! —estalló Alves. —. ¡No puede ser otra cosa distinta! Acabamos de ver pasar los despojos de la batalla, estamos rodeados por los restos de las aeronaves destruidas y ese relampagueo bien puede ser el reflejo a distancia de las explosiones.

—Entonces haremos bien en cambiar de rumbo, jefe —dijo Jimmy—. No quisiera verme de nuevo en poder de los marcianos y regresar a Tarjas para escarbar su polvo amarillo.

Había otro aparato del tablero de mandos que estaba emitiendo unos destellos rojos de inusitado fulgor al mismo tiempo que unos pitidos estruendosos; Tiddim lo observó atentamente, hizo un gesto de ignorancia y se encogió de hombros murmurando :

— Que me aspen si entiendo lo que quieres significar, cacharrito.

Lo entendieron a medias cuando al intentar cambiar el rumbo se dieron cuenta de que los mandos no funcionaban. Los motores zumbaban con regularidad y nada anormal se advertía en la esferilla en !o referente a peligro inmediato de sus vidas; los instrumentos de a bordo continuaban dando con regularidad sus indicaciones y solamente los motores semejaban tener los mandos bloqueados, dado que era imposible cambiar la trayectoria de vuelo de la esferilla que continuaba avanzando en la misma dirección y acercándose al lugar de la batalla a juzgar por la intensidad creciente del relampagueo del detector.

Más excitados que miedosos, los cuatro hombres se volcaron sobre la pantalla televisora sin hacer caso de las asustadas exclamaciones del indígena que contemplaba el funcionamiento de los diversos aparatos con chillidos de terror y pánico. Poco a poco, a medida que la distancia se acortaba, fueron percibiendo claramente las incidencias de aquel combate sideral anunciado por Mario Alves. Se distinguían los puntos brillantes de unas esferas en todo semejantes a la utilizada por ellos anteriormente, que se movían

velozmente entre una serie de resplandores rojizos. Llegaron a identificar hasta ocho aeronaves distintas e interrumpieron la cuenta cuando un halo de fuego avanzó raudo hacia ellos dando la sensación, contemplado a través de la pantalla, de que iba a reventar en plena cabina.

— ¡Un proyectil cohete! —anunció innecesariamente Murdock.

Sintieron los efectos de su cercano paso por la violenta sacudida que experimentó la esferilla y poco después se encontraban casi en el centro de la batalla, avanzando a toda velocidad y sin poder alterar su rumbo ni un sólo milímetro. Por todas partes se encendían trágicas luminarias; violentas explosiones, notadas tan sólo por su resplandor ya que el sonido no podía trasmitirse en el vacío, despedazaban las aeronaves v sembraban de restos incandescentes la inmensidad del éter.

— ¡Ahí están los otros! —chilló Alves.

Durante una fracción de tiempo divisaron la silueta alargada de una aeronave de tipo distinto, una especie de torpedo de grandes dimensiones, de brillante color amarillo, que dejaba tras de sí la cuádruple estela rojiza de sus escapes motrices. Casi al mismo tiempo la vieron desintegrarse en gigantesca llamarada y desaparecer en la nada mientras la esferilla cruzaba como una exhalación el campo de batalla, por la izquierda de dos esferas que lanzaban deslumbradores rayos y por debajo de otra que estallaba también. De pronto en la pantalla grande se reflejó la imagen de uno de aquellos torpedos amarillos y la certeza del presentimiento de sus tripulantes cobró vida real.

—Nos está siguiendo, Murdock —dijo Tidihm.

— ¡Rezad si sabéis, muchachos! —chilló Lester.

— ¡Aquí termina nuestro viaje de regreso!

Toda la pantalla televisora estaba ocupada a la sazón por la porción amarilla del vientre de la aeronave que alcanzó la esferilla en un tiempo inverosímilmente breve. De un momento a otro esperaban el proyectil que habría de despedazarles; se perlaban sus frentes con minúsculas gotas del sudor mientras sus labios murmuraban instintivamente una plegaria y el corazón contenía sus latidos... Pero nada sucedió y fue el grito de Tiddim quien les volvió a la realidad y les hizo mirar hacia !a pantalla pequeña que aquel señalaba con mano temblorosa excitación.

—¡Cien millones...

— ¡Santo Dios!... ¡Es imposible!

En el recuadro se enmarcaba de una manera perfectamente visible el rostro de una mujer, un semblante adusto y enérgico recortado por el contorno azulino do un casco, un conjunto de rasgos que denotaban decisión y energía y que, no obstante, eran para los tripulantes de la esferilla la visión más placentera y agradable contemplada desde que salieran de la Tierra. Aquella visión tenía la piel ligeramente amarilla, unos ojos acerados y de profundo brillo que parecían brotar entre las largas pestañas y los bien perfilados párpados. Su rostro era humano por el aspecto y hasta diríase que aquella mujer era el producto de un cruce entre la raza blanca y la amarilla a juzgar por las características que de una y otra poseía. La piel de sus mejillas era tersa y satinada, la nariz levemente respingona, los labios gordezuelos y un tanto pálidos, la barbilla alzada y enérgica…

La vieron cambiar de expresión y no les cupo la menor duda de que en aquel instante los aparatos televisores de la nueva aeronave estaban explorando el interior de la esferilla, dándose cuenta quizá de que sus tripulantes no eran lo que esperaban. Y en aquellos breves segundos que duró la mutua contemplación, los instrumentos de la esferilla recobraron sus facultades, se conectó automáticamente el transmisor de radio y una voz imperativa les dirigió unas palabras en un lenguaje extraño, palabras que momentos después eran repelidas en otro idioma que, según coligió Murdock, no era el empleado por los marcianos que primeramente les apresaran.

—Contesta, jefe. Dile cualquier cosa a esa hermosura —apremió Jimmy, temiendo aún que les soltaran un torpedo.

—Ya es bastante con lo que tú has dicho, muchacho —repuso Murdock—. Nos están oyendo con toda seguridad y ya han escuchado nuestro idioma.

Entonces, en la panza de la aeronave amarilla se abrió una compuerta rectangular; los mandos quedaron nuevamente bloqueados y de un modo automático se cambió la trayectoria del vuelo, enderezándolo hacia aquella abertura negra. Instintivamente recordaron todos el momento en que, durante su primer viaje, fueron engullidos por la nave marciana que les condujo a Tarjas. Se dieron ánimos para soportar esta nueva situación… y ya no hubo tiempo para más porque la esferilla, apagado e) zumbar de sus motores y frenada por una fuerza desconocida, chocó blandamente contra un obstáculo, se detuvo tras tambalearse unos instantes y sobre sus paredes metálicas escucharon el sonar de unos golpes que atacaban los pasadores externos de la escotilla.

CAPÍTULO III

LAS AMAZONAS

UN chorro de luz azulada cayó sobre los terrestres penetrando a través de la abierta trapa de la escotilla. Escucharon nuevamente la voz conminatoria lanzándoles una orden enérgica, y obedecieron la traducción instintiva de su significado emprendiendo la ascensión de los peldaños y teniendo buen cuidado de dejar en la cabina todo objeto que pudiera ser tomado por un arma. Murdock fue el primero en asomar por la abertura y alzar un brazo en ademán amistoso. Bajo la luz potente de los focos que iluminaban hasta el último rincón, distinguió primeramente unas guías metálicas entre las cuales se acoplaba una serie de esferas muy semejantes a la suya propia, aunque un poco mayores y dispuestas de una forma que le recordó inmediatamente la colocación de las cargas de profundidad en los buques de guerra terrestres. Estaban en una sala alargada cuyas paredes laterales se curvaban hacia dentro para formar el piso, denotando hallarse en la parte inferior de la aeronave. Gruesos pilares sujetaban el techo y en un extremo se alzaba la jaula de un elevador al lado de una escala inclinada.

Alves, Lester Doc y Jimmy salieron también permaneciendo junto a Murdock en la pequeña plataforma de consistente plástico que formaba una especie de sendero junto a las esterillas de salvamento; el mecánico lanzó un silbido de asombro al mirar en torno suyo, e inmediatamente, tras ayudar al indígena amazónico que no salía de su pánico, se inmovilizaron todos contemplando al grupo armado que les vigilaba desde corta distancia.

Eran ocho mujeres, todas de estatura semejante a los terrestres y de proporcionadas formas no exentas de condiciones estéticas; todas provistas de unos amenazadores fusiles de un diseño diferente al que Murdock y los suyos conocían y llevaban en su esferilla, aunque no por ello dejaban de ser igualmente temibles; todas dispuestas a aniquilarles al menor signo de resistencia. Su aspecto físico difería poco de la imagen contemplada poco antes en la pantalla de televisión; se advertía en ellas cierta diferencia debida a la edad, pero en términos generales todas eran jóvenes, atractivas y hasta soberanamente hermosas dentro de aquellos arreos militares tan fuera de lugar para su condición y su sexo, según el pensar de los

terrestres.

El recibimiento no fue nada cordial, pese a que era patente la sorpresa del grupo al contemplar las cinco figuras salidas de la esferilla marciana. La que parecía mandarlas alzó su fusil haciendo un gesto y dos mujeres-soldado subieron hasta la plataforma para introducirse en la esferilla en busca de nuevos pasajeros. La inspección de la navecilla duró poco tiempo y al salir empujaron a los terrestres con el cañón de sus fusiles. Alves saltó desde la plataforma al suelo; le imitaron al punto sus compañeros, incluido el indígena amazónico que tenía motivos más que sobrados para ver trastornada su razón con la serie de acontecimientos sorprendentes que su primitivo cerebro no alcanzaba a comprender, y rodeados de las mujeres-soldado avanzaron hacia la plataforma del elevador en medio do los comentarios admirativos de Jimmy que, al igual que sus compañeros, olvidaba todo temor instintivo dejándose llevar en alas de su propio pasmo.

—No salgo de mi asombro, Murdock —murmuraba—. Una aeronave tripulada por mujeres… ¡pero qué mujeres, jefe!… ¡Estas son las «Bellezas Goldwin» en tecnicolor y carne y hueso!…

—Pues te advierto que una «belleza» de estas puede mandarte al otro mundo tan deprisa o más aún que los mismos marcianos, Jimmy. Ándate con cuidado y no hagas ninguna tontería.

—Me guardaré mucho de dar pie a ningún angelito de estos para que haga una trastada, jefe; pero tengo la impresión de que las cosas van a comenzar muy pronto a ponerse bien para nosotros.

Mario Alves, al igual que sus compañeros, miraba también con asombro a las mujeres mientras el ascensor subía despacio surcando las entrañas de la aeronave. Hubo un momento en que sus labios se curvaron en una sonrisa, pero interrumpió su gasto cuando les empujaron fuertemente en dirección al pasillo que asomaba frente al elevador.

—¿Puede saberse qué es lo que te hace gracia, Mario? —preguntó amostazado Jimmy, frotándose el costado en donde acababa de recibir un culatazo. —A mí no me hace ninguna y menos aún por este golpe. Por las señas, esta mujer de la izquierda debe ser sargento.

—Estaba pensando en lo curioso de una coincidencia, Jimmy —repuso el brasileño—. Hace un montón de tiempo nos arrancaron de la Tierra con rumbo a Marte y salimos, precisamente, de la región del Amazonas. Ahora, cuando ya nos creíamos a salvo de todo, nos han cazado de nuevo y justamente unas mujeres que también

pueden llamarse amazonas a juzgar por su aspecto, su uniforme y sus costumbres.

—De acuerdo, Mario, pero no estoy dispuesto a recibir más culatazos de nadie, por muy amazonas que sean ellas.

La mujer-soldado que iba al lado de Jimmy le dio un nuevo metido con su arma para obligarle a callar, y el mecánico se encogió apretando los puños con rabia.

— ¡Maldita sea! —renegó en voz baja—. ¡Que esto haya de ocurrirme a estas alturas!

Desembocaron en una espaciosa cabina profusamente dotada con los más variados instrumentos. Con nadie más se habían cruzado durante su paso a través de la aeronave y a juzgar por el ajetreo que observaron en lo que indudablemente era sala de mando coligieron que el combate continuaba afuera, aunque ningún signo de nerviosismo o de triunfo diera razón de qué bando se inclinaba la victoria. Otra mujer, cubierto su busto por una armadura metálica que despedía reflejos azulados, les miró atentamente desde el otro lado de la mesa semicircular ante la cual se sentaba. Detrás de ella, ocupando distintos asientos o atendiendo a los aparatos e instrumentos, Murdock contó hasta once tripulantes más que ni siquiera volvieron el rostro para presenciar la entrada de los cautivos. Se cruzaron breves palabras entre sus aprehensoras y la mujer que estaba tras la mesa, y mientras tanto los terrestres contemplaron, entre curiosos y asombrados, el espectáculo de aquella cabina de mando presidida por una gigantesca pantalla de televisión en la cual se reflejaban peligrosamente cerca las siluetas de dos aeronaves esféricas que Alves juzgó iguales a la que ellos ocuparon antes del accidente que les lanzó al espacio.

Un concierto estrepitoso de zumbidos, sonar de indicadores, voces excitadas y órdenes enérgicas en un idioma armonioso y sonoro poblaba la cabina. de aquellos once tripulantes, además de la mujer que ahora les miraba interrogante, nueve eran amazonas —como les llamara Alves— y dos hombres de características raciales semejantes, con la misma piel amarillenta, aspecto casi humano y elevada estatura. Sus equipos, uniformes y armas, los mismos instrumentos y hasta las paredes metálicas de la cabina estaban construidos con una aleación que despedía un brillo azulado al ser herida por las luces. Había tanto en mujeres como en hombres cierta elegancia connatural que denotaba aficiones estéticas hábilmente mezcladas con la utilidad de sus equipos; se notaba en ellos la influencia de una avanzada civilización y un

espléndido desarrollo de las artes y la industria, un alto grado de formación espiritual, una sensación de poderío que no bastaba a disimular la expresión de cansancio y desaliento que se reflejaba en casi todos los rostros...

Una exclamación jubilosa de Jimmy anunció a sus compañeros la destrucción fulminante de aquellas dos esferas reflejadas en la pantalla, y debido a ello casi no escucharon la pregunta que aquella mujer les dirigía con aire cansado. La repitió con tono impaciente y Murdock contestó serenamente en inglés, luego en la jerga de Tarjas y por último utilizó el pobre vocabulario que conocía del idioma marciano. La conversación duró sólo unos minutos y cuando la mujer se convenció de la inutilidad de sus esfuerzos para comprender a los cautivos y hacerse entender de ellos, hizo un gesto enérgico y de nuevo se cerraron los fusiles en torno a los terrestres que no alcanzaban a enterarse de cuanto les sucedía.

—Y ahora... a la cárcel —rumió sentenciosamente Jimmy cuando de nuevo recorrieron el pasillo rodeados esta vez por cinco mujeres armadas—. Es nuestro sino rodar de prisión en prisión mientras naveguemos por el espacio.

Hubo gestos de sorpresa en los dos hombres con quienes se cruzaron durante su marcha, pero ni una sola palabra medió entre ellos y sus guardianes; entraron en el ascensor que descendió hacia las profundidades con su marcha lenta, y cuando esperaban de un momento a otro su detención y la orden que les conduciría hasta su prisión... la aeronave entera se estremeció violentamente con una sacudida que les precipitó a unos sobre otros entre voces de sorpresa y terror. Se apagaron casi enseguida las luces aumentando con la oscuridad la confusión, y en medio de un infernal estruendo el ascensor sé desprendió de sus guías para estrellarse estrepitoso contra el fondo de la aeronave no muy distante afortunadamente en su ruta de descenso.

Los gritos y exclamaciones de Jimmy se vieron coreados por rápidas palabras en aquella lengua extraña, por gemidos y sollozos. Se revolvían en medio de las tinieblas tratando de zafarse de los obstáculos y alcanzar la salida; golpeaban a ciegas y gritaban, espoleados por los estremecimientos de la nave que con toda seguridad había sido alcanzada por un proyectil dirigido. Nuevamente se hizo la claridad al conectarse automáticamente otras fuentes de energía para el alumbrado, y cuando sus reflejos azulados penetraron entre el montón de hierros retorcidos del ascensor pudo verse que el último indígena amazónico había muerto, salvando con su vida la de Murdock que yacía sin sentido

debajo de él. Una placa de metal se había desprendido desde el techo sobre el indígena y el norteamericano, matando a aquél y aturdiendo a George que yacía debajo. También una de aquellas mujeres tenía destrozada la cabeza y aplastado el pecho por el peso de una viga de acero, y la sangre del amazónico y la amazona, rojas ambas, salpicaba el suelo y las paredes con siniestros regueros. Mario Alves se restañaba la sangre que desde una herida de la frente le caía sobre el rostro y Jimmy, ileso, se incorporaba rápidamente apartando a una de las mujeres para ayudar a su jefe y amigo. Los dos pudieron darse cuenta de la expresión de terror que animaba los rostros de las cuatro mujeres restantes, una de las cuales tenía un brazo aprisionado bajo el montón de hierros de la entrada.

— ¡Date prisa, Mario! —gritó Jimmy—. ¡Hay que alcanzar la esferilla de salvamento!

Nuevamente se repetían los momentos de angustia pasados a bordo de su aeronave marciana cuando se produjo el accidente. Comenzaba a sentirse un fuerte calor como preludio del incendio, aumentaban las convulsiones de la nave anticipando su inmediato final...

— ¡Corramos, antes de que estallen los quemadores atómicos!

Lester Doc se incorporó entonces percatándose de cuanto ocurría en una ojeada. Sacudió la cabeza para desembarazarse de los últimos restos de aturdimiento y comenzó a apartar frenéticamente los hierros que obstruían la salida de la jaula del elevador. Sin duda alguna, el estrago había sido mortal a bordo de la aeronave o tal vez las comunicaciones con la sala que contenía las esferas de salvamento quedaron cortadas desde el primer instante, dado que nadie descendía hasta ellas. Alves y Jimmy sacaron a Murdock apartando el cadáver desfigurado que tenía encima; aunaron sus esfuerzos con los de Lester y aquellas mujeres que intentaban levantar las planchas que aprisionaban el brazo de su compañera y, liberada por fin la amazona herida, Alves la tomó en brazos mientras Jimmy cargaba con Murdock.

— ¡Vamos!... ¡Deprisa! —apremió el mecánico dirigiéndose hacia las mujeres que parecían haber perdido sus facultades de mando.

Comprendieron aquellas su gesto y siguieron la carrera de los terrestres que, sorteando los despojos del ascensor, desembocaban en la sala inferior, afectada también por la explosión del torpedo

aéreo. Varias columnas se habían doblado por la mitad, una agobiante sensación de calor Invadía la estancia y un mamparo cedía a ojos vistas con espantosos rechinamientos. Era cuestión de segundos el tiempo que mediaba para el desplome completo del techo.

Un grito de angustia resonó en la escalerilla inmediata al ascensor y al volverse distinguieron la ensangrentada figura de una mujer que se agarraba espasmódicamente a los peldaños y que acabó por caer de espaldas arrojando una bocanada de sangre con una última contorsión de su hermoso cuerpo. El hombre que descendía tras ella se detuvo unos instantes sobre la amazona y al convencerse de que todo el hálito de vida se había extinguido, corrió hacia el grupo con una voz de aviso. Llegaron hasta la esferilla marciana, la más próxima que tenía medio sueltas las guías que la aprisionaban a su cuna de lanzamiento. Una muda interrogación de Alves bastó para que una de las mujeres-soldado —la que Jimmy calificara de «sargento»— accionara un conmutador y una llave en el tablero de instrumentos ajeno a la plataforma de plástico que rodeaba la fila de esferillas.

La amazona hizo a su vez un gesto imperioso que comprendieron todos, apresurándose a desaparecer por la escotilla de la elegida para ponerse a salvo. La compuerta de lanzamiento se abrió por control remoto en el mismo momento en que la trapa redonda de la esferilla se cerraba con golpe sordo; toda la atmósfera existente en la inmensa sala se escapó por la abertura y fue su soplo breve lo que pareció impulsar a la navecilla hacia el espacio.

Adentro, Jimmy había conectado las pantallas televisoras después de sentar a Murdock sobre las planchas del piso. El recuadro les mostró la fantástica imagen de una brillante esfera rodeada de llamas, el fogonazo anaranjado de una explosión y la fragmentación simultánea de su envoltura que reventaba como una fruta madura mientras ellos se hundían verticalmente en el vacío alejándose de los veloces y ciegos despojos.

—Parece ser que fue una destrucción mutua —comentó e mecánico contemplando el panorama. —Pero no consigo distinguir la aeronave de estas chicas…

Aquella nave sideral ya no existía tampoco; sus restos se mezclaban con los de la esfera atacante y entre ellos se dispersaban las cenizas o el polvo a que fueran reducidos sus tripulantes, sus instrumentos, sus poderosos medios de propulsión y sus maravillas científicas.

—Bien, muchacho —terminó Jimmy, cerrando los contactos y dirigiéndose a Lester Doc que junto a él contemplaba fascinado las imágenes del televisor—. Veamos ahora a nuestros heridos.

Murdock se incorporaba ya, frotándose las sienes y sacudiendo la cabeza para disipar los últimos vestigios de inconsciencia. Miró en torno suyo como sorprendido por contemplar de nuevo el panorama familiar de la esferilla, atónito ante la presencia de aquellos seres que ahora les acompañaban, asustado por la herida que Mario Alves tenía en la frente...

—¿Qué ha pasado? —preguntó

—Nada, jefe —le contestó Jimmy—. Que hemos vuelto a ser náufragos del espacio... y que me aspen si logro entender una sola palabra de todo cuanto nos está pasando. Yo no sé si es que el tiempo tiene aquí otra condición u otra manera de ser, pero me resultan demasiado rápidos los acontecimientos y la serie de líos en que nos estamos metiendo constantemente. Nos sacan de la Tierra... y de golpe y porrazo nos convertimos en esclavos de aquellos sinvergüenzas marcianos. Les damos la gran paliza en Tarjas, emprendemos el regreso... y cátate que inmediatamente surge la tragedia... ¡Por cien millones de bujías!

—Calla, Jimmy, y ayúdame a quitarle la armadura a esta muchacha herida —dijo Alves, restañándose nuevamente la sangre de la frente.

Las tres mujeres atendían a su compañera, manteniendo su aplastado brazo sobre el banquillo acolchado de la cabina. Junto a ellas se mantenía en pie aquel hombre que se les unió en el último momento, y en su actitud había algo de servicial y humilde, de subordinado que espera la orden de su jefa

—Veamos qué pasa —dijo Jimmy acercándose.

Había un cierre articulado en la pieza que sujetaba el brazal desde el hombro, y los esfuerzos por soltarlo resultaban inútiles. Tiddim ofreció la fuerza de sus puños para resolver el asunto y separó delicadamente a las muchachas acercándose a la herida que le miraba con ojos de susto. El mecánico tensó los músculos, se agarró a la pieza y tiró de ella con todas sus fuerzas. Mientras tanto, y sin duda para animarse, no cesó de mascullar medias palabras en todo momento:

—Ahora nos encontramos en medio de una batalla librada por seres desconocidos, un combate que a nosotros no nos importa un comino. Nos cazan estas mujeres, y cuando yo creía que todo iba a terminarse... ¡Maldita sea mi sangre!... Otra vez se suceden los

acontecimientos con la velocidad del rayo. Nos presentan al jefe, nos saluda, ordena que nos encierren y… ¡Suéltate, condenada pieza!… Llega un zambombazo, nos hace cisco la aeronave y ¡hala!, de nuevo al espacio a dar vueltas y más vueltas. ¡Por el diablo! Esto no son aventuras ni nada que se les parezca. ¡Esto es hacer el imbécil de la manera más soberana que existe!… ¡Y salta de una, maldita!…

Un chasquido seco denotó el éxito de sus esfuerzos.

—¿Has terminado ya?—preguntó Mario Alves cuando el mecánico se incorporaba sudoroso.

—Si no hay otro cierre que romper, sí.

Entonces una de las mujeres se colocó delante de él, apoyó su mano en el hombro del mecánico y le habló en aquella lengua extraña. Por el tono de su voz sonaba a algo semejante a dar las gracias, a ofrecer una amistad, a desear la unión de sus mutuos esfuerzos para resolver la situación en que se encontraban.

—Oye, muchacha —repuso Jimmy en su mejor «slang» neoyorquino—. Eres una preciosidad pese a lo amarillo de tu piel, y si en la Tierra te encontrara a la vuelta de una esquina te aseguro que no darías sola ni un paso más; lo siento de veras porque no he comprendido ni jota de cuanto me has dicho, pero no desespero de que llegue un tiempo en que podamos entendernos. Entonces te contestaré debidamente.

Y como en medio de sus palabras, casi instintivamente, acertara a colocar también su brazo sobre el hombro de la muchacha, vio con sorpresa que la mujer le sonreía agradecida y que un nuevo torrente de palabras se escapaba de su boca.

—No lo entiendo —murmuró Jimmy rascándose la cabeza.

—Yo sí, Jimmy —le contestó riendo Murdock desde el sillón de pilotaje—. Es probable que el poner la mano en el hombro sea su saludo o tal vez un signo de amistad —¿Tú crees, jefe? —preguntó incrédulo—. Yo me figuraba que el poner la mano en el hombro era un gesto de la policía. Recuerdo que una vez… Pero, en fin, no importa ahora. Si es verdad lo que dices, jefe, voy a hacerme amigo de todas estas chicas inmediatamente.

Se dirigió hacia otra muchacha y repitió el gesto que fue correspondido al punto por una sonrisa.

—Escucha, querido «sargento» —dijo el mecánico—. Te perdono los culatazos de antes si me prometes no volver a hacerlo. Tú y yo llegaremos a ser grandes amigos. ¡Palabra de Jimmy!

—Ya está bien, Jimmy —corto Alves cuando el mecánico se dirigía hacia la amazona herida—. Modera tus impulsos y no te crees más amistades por el momento.

Alves condujo al «sargento» hasta el armarito en donde se alineaban todos aquellos frascos que tal vez fueran medicamentos y se los ofreció con un gesto. La muchacha rebuscó entre ellos, brillándole los ojos, y eligió una cajita plana de la que extrajo una especie de vendaje plástico que aplicó sobre el brazo desnudo de su compañera en el cual se percibían claramente los síntomas de la fractura además de las magulladuras y erosiones de su herida. Jimmy observó curioso todas las operaciones y comunicó su resultado a Murdock.

—Es algo estupendo; ese vendaje se ha convertido en algo tan duro como el cemento. Ha sido el enyesado más rápido que he visto.

George y Alves estaban aposentados tras los mandos intentando trazar un nuevo rumbo de acuerdo con los datos de los indicadores; se hizo necesario desistir ante la falta de puntos de referencia y, agotados todos los medios a su alcance se disponían a abandonar la esfera a la deriva, cuando una palabra proferida por la «sargento» les hizo saltar sobre sus asientos.

En medio de una frase sonó claramente la palabra «Noidim» que les hizo mirarse incrédulos.

—¡Es imposible que estas muchachas sean de Noidim! —exclamó Mario Alves.

Pero ellas habían escuchado también el «Noidim» del brasileño y una de las mujeres se acercó con aire interrogador.

El diálogo que se entabló entonces entre la amazona, Alves y Murdock, con breves intervenciones de Lester Doc y general sorpresa en el resto del auditorio, hizo desternillarse de risa a Jimmy, el hombre para quien no contaban las situaciones de peligro, el que encontraba siempre la frase divertida y apropiada buscando el lado cómico de cada situación seria, el animador constante de los expedicionarios terrestres que a buen seguro habrían perdido, si no la razón sí al menos el optimismo y la vitalidad que James Tiddim podía entregarles, transformando el grupo en una masa compacta que desconocía el miedo, se enfrentaba animosa con lo desconocido y no temía siquiera el más adverso resultado.

Se rio a carcajadas, llegó a sentarse en el suelo a impulsos de su regocijo contemplando los desesperados esfuerzos de su jefe y del

brasileño que, ayudados por una mímica enrevesada y fantástica intentaban hacerse comprender. Los «¿Noidim tu»? y los «Tierra yo» de Mario Alves tuvieron el mismo éxito que los «Kam Noidim» y los «Lad fest Kaoni» de la muchacha.

Murdock, perdida la paciencia vociferó en inglés, se enredó en la jerga malsonante de Tarjas, arrastró furioso las escasas palabras que conocía del idioma marciano, chilló, maldijo… y acabó haciendo coro al regocijado Jimmy a quien se habían unido en sus carcajadas el mismo Alves, las otras amazonas y hasta la muchacha herida.

La única que pareció sorprenderse con aquel espectáculo y hasta dejar entrever un brillo de cólera en sus ojos fue la «sargento»; pero una mirada a sus compañeras, a Jimmy que se agarraba el estómago y a Murdock nuevamente, la hicieron comprender lo cómico de la situación y rió también aumentando el coro de carcajadas, de tal forma que durante unos minutos el interior de aquella esterilla de salvamento se asemejó mucho al manicomio de que tanto hablara Tiddim con ocasión del viaje de regreso a la Tierra.

CAPÍTULO IV

UNA ISLA EN EL ESPACIO

EL acopio de paciencia que los terrestres hicieron en las jornadas siguientes, sus deseos de saber y el acertado sistema que emprendieron para intercambiar sus pensamientos y sus palabras, dio los primeros frutos con el balbuceo inicial de aquellas voces que tan extrañas resultaban tanto para ellos como para las amazonas y avanzó después paso a paso hasta que, con una triunfal expresión en su rostro, Mario Alves logró articular una frase completa en el idioma de aquellas mujeres, arrancándoles una sonrisa de complacencia y un murmullo de satisfacción.

Murdock y los suyos estaban impacientes por conocer el origen de aquellos seres, tener una explicación acerca de su poderío, de su civilización avanzada; querían saber cómo vivían, cómo eran sus ciudades y sus casas, la organización de su pueblo, las condiciones de su existencia... Y toda aquella avalancha de preguntas, muchas de ellas sin respuesta aún, semejaba estar originada por la contemplación de la espléndida belleza de las amazonas, una belleza serena y magnífica, que no bastaba a empañar la coloración amarillenta de su piel. Nacía también de la sensación de autoridad que aquellas mujeres tenían sobre el único hombre de su misma raza que actualmente les acompañaba en la esferilla, autoridad que aquél parecía acatar con una sumisión que si bien estaba muy lejos de asemejarse a la esclavitud sufrida por ellos bajo la férula de los marcianos, tenía la apariencia firme de ser algo natural en él, algo obligatorio e irrechazable.

—No me cabe la menor duda de que son ellas quienes mandan, jefe —decía Jimmy guiñándole un ojo—. ¡Mala cosa para los maridos!

Pero todo cuanto ansiaban saber quedó relegado a segundo término desde el momento en que la «sargento» —apelativo creado inicialmente por Jimmy y que en lo sucesivo permanecería inalterable—, tomó asiento frente a los mandos, leyó con atención los indicadores y dio una orden a sus compañeras que inmediatamente pusieron manos a la obra desplazando a los terrestres de sus sitios habituales.

—Te lo advertí, jefe —se lamentó Jimmy—, Ellas son quienes

mandan.

—Pues dejémoslas obrar, muchacho —repuso Murdock—. Seguramente tienen algún motivo para proceder así.

A partir de entonces se inició una exploración constante del espacio a través de la pantalla de televisión; la esferilla trazó una serie de círculos cada vez más amplios, cambió de rumbo innumerables veces, alternó la energía de sus motores atómicos con el impulso de la velocidad adquirida, y buscó incansable algo desconocido e invisible entre aquella inmensidad negra salpicada de puntos luminosos.

Hubo tiempo, sin embargo, para que prosiguieran las prácticas idiomáticas impulsadas por el interés de las amazonas que intentaban explicarles el por qué de aquellas maniobras, y con el correr del tiempo, entre miradas angustiosas al indicador que señalaba contantemente una disminución en las reservas de materias radioactivas para la impulsión de los motores, los terrestres fueron conociendo someramente el esqueleto de una explicación v un relato que más tarde había de rellenarse y ampliarse con toda suerte de detalles.

Supieron en primer lugar los nombres de sus nuevos compañeros de viaje y la denominación de su planeta de origen. La «sargento» se llamaba Enoka; Durisan y Lodia sus compañeras y Cesia. la amazona herida. El hombre atendía por Akos, y todos procedían de un planeta llamado Kaoni, un astro perdido en las inmensidades del espacio y en el cual era posible la vida merced a sus magníficas condiciones de atmósfera, presión adecuada y recursos naturales, al trabajo y a la tenacidad de sus pobladores, a la ciencia de sus cerebros y al afán de perfeccionamiento que llegó a conducirles paso a paso hasta una era esplendorosa y feliz.

Una característica interesante, curiosa desde el punto de vista humano y terrestre, era digna de señalarse entre los pobladores de Kaoni; se trataba de la preponderancia natural de las mujeres sobre los hombres, de la existencia de unas auténticas amazonas que asumían las más altas responsabilidades en el campo del gobierno, del ejército y de la administración de la justicia, mientras que los hombres, después de hacer méritos para ello, se dedicaban exclusivamente al cultivo de las ciencias y las artes, al estudio y a la investigación científica... o al trabajo servil y a los más humildes menesteres si no aprovechaban para otra cosa.

—¡Vaya un paraíso! —comentó despectivamente Jimmy—. ¿De qué les sirve a estas mujeres su belleza si miran a todos los demás

por encima del hombro?

Pasaron por alto la observación del mecánico y se interesaron más en la explicación que Enoka les estaba dando, tratando de hacerla lo más comprensible posible. De sus palabras se desprendía la existencia de un diminuto planeta en las proximidades del lugar en donde se desarrolló la batalla sidérea, y esto es lo que estaban buscando e intentaban descubrir con aquellos círculos y aquella exploración, confiando en conseguirlo antes de que se agotasen completamente las reservas energéticas de la esferilla y se vieran condenados a vagar eternamente por el espacio.

—De modo que tenemos una tierra cerca, ¿eh? —suspiró Jimmy —. Es la mejor noticia que estas mujeres podían darnos.

—¿Y qué ganas con saberlo, Jimmy? —preguntó Lester Doc—. Quizás estemos más seguros dentro de nuestra esferilla que sobre la superficie de ese planeta.

— ¡Hombre! Aunque sólo sea por estirar las piernas y darme una carrera sobre ese nuevo mundo...

Aquel planeta diminuto era actualmente su única tabla de salvación, pero Enoka tenía sus naturales reservas acerca de lo que hallarían en la superficie; cabía el riesgo de que careciese de atmósfera y tal hecho precipitase la muerte de los náufragos del espacio, era probable que lo encontrasen ocupado por los hombres de Noidlm...

—¿Los hombres de Noidim aquí? —preguntó extrañado Murdock

Y como respuesta a su interrogación, entre gestos preñados de odio y rencorosas palabras, fue recibiendo una información entrecortada, sombrada de lagunas y pausas cuando el concepto necesario no podía ser pronunciado por aquellos labios inexpertos aún de las amazonas, que renunciaban a emplear su propio idioma para perfeccionar el de los terrestres, de la misma forma que Murdock y los suyos olvidaban el inglés para esforzarse en hablar la lengua de Kaoni. El hombre de Noidim los fue descrito como el ser más odioso del espacio; ambicioso, despiadado, cruel hasta la saciedad, ávido de dominio, avanzado en las ciencias y en los progresos destructivos, dueño y señor de poderosas y terribles armas, terror del Cosmos y futuro conquistador del Universo, dado que ninguna facción contraria era lo suficientemente poderosa para enfrentársele con probabilidades de éxito.

—¡Esto es demasiado fantástico, Murdock! —exclamó Lester.

—Increíble, diría yo —añadió Mario Alves— porque en ese caso, ¿qué pintan en el Cosmos los marcianos que descendieron hasta la Tierra para capturarnos? ¿Qué objeto tenía la existencia de prisioneros noidios entre la muchedumbre de esclavos de Tarjas?

También para ello hubo respuesta. Noidim y Marte —aunque este segundo planeta tuviese una designación distinta en el idioma de Kaoni—, fueron en tiempo aliados, ya que sus moradores respectivos tenían cierta semejanza en aspecto físico; muchos rasgos comunes en su progreso industrial y científico e idénticas ambiciones para el futuro, que esperaban conseguir con los adelantos de su ciencia. El hombre de Noidim aprovechó la alianza para perfeccionar sus propias armas con las mejoras de los marcianos, saqueó sutilmente el almacén de sus conocimientos bélicos, robó cínicamente los secretos que se referían a las armas y a los artefactos explosivos, y desde Noidim trabajó sobre aquellas ideas perfeccionándolas todavía más o utilizándolas como base para crear otras nuevas y más poderosas. Pudo hacerlo porque astutamente supo presentarse ante los marcianos en plan de pueblo inferior, de raza necesitada de ayuda, y de esta forma eliminó la posibilidad de que un rival poderoso se le enfrentase en condiciones de supremacía, fuese capaz de crear obstáculos y peligros en los planes efectuados para el futuro.

—La historia se repite, Murdock —ironizó Mario Alves—, y no se limita solamente a lo tocante a nuestro mundo, sino que se extiende también al espacio sideral. ¿No te recuerda este proceder de los noidios a cierta nación que en la Tierra se llamó un día nuestra aliada?

Solamente cuando estuvo seguro de su poder, el hombre de Noidim se revolvió contra su aliado en una guerra cruenta y despiadada que llevaba trazas de acabar incluso con la existencia-del planeta rojo. De una manera lenta, pero inexorable, Marte iba siendo desposeído de sus colonias siderales, de sus fuentes de energía y de recursos, de la ayuda de otros pueblos de menor importancia que pudieran ayudarles con contingentes de fuerzas. Veía atacadas sus ciudades, envenenada su atmósfera por las explosiones de potentes bombas nucleares, exterminada su población por las emanaciones de gases desconocidos. Tan sólo su poderosa flota sidérea estaba en principio intacta, pero Noidim la llevaba a una serie de constantes escaramuzas, a lo largo de las cuales y sin arriesgar su propio grueso, iba consiguiendo destrozarla en combates parciales y ataques por sorpresa.

— Ahora comprendo una cosa —dijo Lester—. Cuando los

marcianos llegaron a la Tierra, cuando nos obligaban a cargar aquellas piedras en su aeronave…

—Tú lo has dicho, Lester —repuso Murdock—. Indudablemente se trataba de muestras de mineral que pensaban utilizar para la guerra. Vinieron buscando ayuda, pero no podían recabarla abiertamente de unos hombres a quienes pensaban atacar y destruir de no haber mediado Noidim de por medio.

—O acaso eran ya tan débiles que temieron los efectos de nuestras armas y ejércitos, Murdock —añadió Alvos.

Noidim y Marte se odiaban a muerte ahora. Los marcianos buscaban a sus agresores por todos los puntos del espacio y se esforzaban por mantener expeditas las rutas que enlazaban el planeta rojo con las escasas posesiones que aún les quedaban. Quizás aquel Tarjas de que hablaban los terrestres fuera la última de ellas y he aquí que los esfuerzos de Murdock y los suyos fomentando la rebelión de los esclavos habían contribuido, aunque de modo indirecto, a dar una nueva victoria a los noidios.

—Puesto que le hicimos la cama a Noidim allí es de suponer que sus fuerzas estarán ya en Tarjas —apuntó Jimmy.

—Es probable —aceptó Al ve?—. Pero hay ?lgo que todavía no nos ha explicado Enoka, y es la forma en que ha podido averiguar tantos detalles y noticias acerca de los hombres de Noidim.

Por los ojos de la muchacha pasó un velo de tristeza cuando Murdock se lo preguntó. La amazona se cercioró de que sus compañeras estaban ante los mandos y los puestos de observación, de que Akos continuaba la inspección de los motores quo ella le encargara, y habló de nuevo para dar a los terrestres la explicación que pedían.

Los hombres de Noidim eran viejos conocidos de los pobladores de Kaoni, dado que también experimentaron sus efectos destructivos y sus afanes de conquista. Kaoni fue en otro tiempo un reino poderoso, dominado de todas los adelantos de la civilización y la ciencia, con un aguerrido ejército y una numerosa y bien organizada flota sideral nada despreciable. Les conocían bien, quizás demasiado, y después de las terribles y aniquiladoras batallas que precedieron a la conquista de Kaoni por los noidios supieron que andaban buscando algo de vital importancia para ellos, algo que asegurara la supervivencia futura de los miles de millones de noidios que se amontonaban en su planeta de origen. Actualmente, y después de aniquilar la resistencia que Kaoni ofreció a sus afanes de conquista, estaban empeñados en una acción de desgaste contra

la flota marciana que con el tiempo les daría la victoria y les permitiría avanzar un paso más en el proyecto que guiaba sus actos.

—De modo, Murdock —dijo Alves—, que acertamos en nuestra suposición de que la Tierra corría peligro de ser invadida o aniquilada, pero fue errónea la deducción de que partía de Marte.

—Errónea no, Mario —repuso aquél—, puesto que Marte lo intentaba. Por otra parte, acostumbrados de siempre a considerar a Marte como el germen de las futuras luchas, resultaba difícil aceptar la existencia de otro planeta y de otros seres más poderosos, capaces, incluso, de conquistar la Tierra, máxime después de haberles visto trabajar como esclavos de los marcianos.

—Callaos de una —interrumpió Jimmy— y dejad que Enoka nos explique el resto.

La muchacha relató entonces el motivo de su actual presencia en el espacio. Cuando Kaoni fue vencido y se convirtió en una posesión noidia, la reina, altos dignatarios del gobierno y jefes militares que no perecieron en las batallas, grupos de científicos y técnicos y unidades del ejército regular, lo abandonaron a bordo de una flota aérea y buscaron otro mundo en donde recuperar su antiguo poderío y emprender la reconquista de su querida patria. Pero la fortuna les fue siempre adversa y la avalancha conquistadora les fue arrojando de sus sucesivos refugios v experimentaron nuevas derrotas que redujeron considerablemente el número de supervivientes. Los de Kaoni jamás se resignaron con su destino y continuaron su búsqueda por el cosmos, decididos a encontrar otra patria en donde asegurar su supervivencia, otro planeta lo suficientemente alejado de los sistemas solares dominados por Noidim o por Marte, pueblos ambos de quienes sólo podían esperar el exterminio.

Aquellas amazonas fueron las últimas que atravesaron el éter a bordo de una flotilla de naves de largo alcance. En ellas escoltaban a su reina y a todo cuanto habían podido salvar de la catástrofe; llevaban a sus científicos y sabios más sobre salientes y preclaros, a los pocos jefes militares —femeninos todos—, en quienes se confiaba para obtener el resurgimiento. Consigo iban también las reservas de materias vitales, las armas, los explosivos. Como tripulaciones llevaban a lo más selecto de los supervivientes de Kaoni.

—Y entonces entablamos combate contra una agrupación noidia que nos cortó el paso —terminó la muchacha—. Fuimos obligados a dispersarnos y la escuadrilla real tomó rumbo después de comunicar

por radio con las restantes naves y fijarles un punto de reunión.

—¿Fueron tan cándidos como para pregonarlo por el éter? —interrogó asombrado Murdock.

—Nuestros mensajes se enviaban en una lengua especial, conocida tan sólo de los jefes militares. Pero reconozco que en aquella ocasión no nos sirvió de mucho porque nuevamente encontramos a los noidios esperándonos. La batalla nos resultó funesta y ahora tengo la casi completa seguridad de que mi pueblo ha sido reducido a la nada, porque del mismo modo que derrotaron nuestro grupo habrán acabado con todos aquellos que se dirigían hacia aquí.

—Siempre habrá alguna esperanza, Enoka.

—Creo que ninguna, Murdock—repuso ella moviendo tristemente la cabeza—. Al distinguir vuestra esferilla os tomamos primeramente por noidios, dado que sus naves y las marcianas son de todo punto semejantes, y nuestra sorpresa fue enorme cuando la pantalla nos envió vuestras imágenes.

—La sorpresa fue mutua, Enoka —sonrió Murdock—. Y dime, ¿qué ha sido de vuestra reina? ¿Confías hallarla en ese planeta que antes nombraste?

— Es mí mayor esperanza, Murdock. Nosotras la escoltábamos y adquirimos una grave responsabilidad sobre su vida Y en cuanto a ese planeta que buscamos constituye el único recurso Que tenemos

—¿Cuántas naves componían vuestra flota? —estaba preguntando Lester a Cesia, la amazoa herida Ella le miró con aire de no comprender hasta que el norteamericano la repitió ayudándose por la mímica, y llegó a la conclusión de que uno de los tres «dokos» que dijera la amazona estaba compuesto por nueve unidades.

—Entonces también es probable que alguna de ellas alcance ese planeta que buscamos —dijo Alves y si ello ha sucedido así tendremos asegurada la supervivencia y hasta quizás el regreso...

—¿El regreso a dónde, Mario? —pregunto Jimmy— ¿A la Tierra acaso?

—No lo sé, muchacho —confesó desesperadamente el brasileño — Hace tanto tiempo que renuncié a la idea de contemplar nuevamente la Tierra, que desespero de que podamos volver.

—Pues levanta esos ánimos, amigo le reconvino Jimmy—, y piensa que dentro de poco pisaremos tierra firme, se acabara la

navegación por el espacio y ¡cáspita!... hasta les haremos el amor a estas preciosidades. Te aseguro que es lo único que espero y que voy a hacer lo imposible por encontrar ese planeta, porque si continuo encerrado mucho tiempo en esta pelota volante acabare por pedir a gritos una camisa de fuerza.

—Oye, Murdock —estaba diciendo Lester— ¿Por no hablas a Enoka de la Tierra? Tal vez ella conozca la forma de regresar, siempre que contemos con los medios apropiados para el viaje.

—Lo dudo, Lester, y me refiero a la ruta de regreso. Kaoni, según lo que nos han explicado, pertenece a un sistema remoto, fuera incluso del alcance óptico de la Tierra, y seguramente que ni nuestros astrónomos suponen su existencia ni en Kaoni se han percatado de nuestro planeta.

Pero se sorprendió cuando al iniciar la conversación escuchó la respuesta de la muchacha. En primer lugar, tanto los pobladores de Marte, como de Noidim, conocían perfectamente la ruta de la Tierra e incluso llegaron hasta ella en sus vuelos exploratorios. En Kaoni, merced a sus avances científicos, se supo su existencia en el Cosmos y hasta llegó a prepararse una expedición que no pudo llevarse a efecto ante el primer ataque noidio. Con la flotilla superviviente venían varios sabios (de los que planearon aquel viaje y que, en caso de estar vivos, podrían conducirles hasta ella sin ninguna dificultad.

— ¡Vaya suerte, amigos! —resopló Jimmy—. No me diréis que podemos quejarnos después de todo. Hasta es posible, potencialmente hablando, nuestra vuelta a casa acompañados seguramente por todas estas preciosidades y...

Se quedó con la boca abierta, mirando hacia !a pantalla de televisión y señalando hacia ella con el dedo.

—¡Mirad eso! —gritó después—. ¡Lo hemos encontrado!

Las dos muchachas que permanecían de guardia ante los instrumentos se volvían ya hacia el grupo para anunciar el descubrimiento, y todos contemplaron presos de excitación el disco anaranjado que resaltaba sobre la noche eterna del espacio.

—¡Lo tenemos... lo tenemos! ¡Es nuestra isla!

Aquel planetillo se divisaba nítidamente a través del televisor, miraba hacia ellos ofreciéndoles su superficie coloreada, profusamente sembrada de manchas negras que lentamente iban dando paso a un fulgor anaranjado primero, rojizo después y escarlata por último, para extinguirse después y recomenzar el ciclo

de coloración cambiante.

— ¿Qué será eso? —interrogaba Jimmy.

— Espera que aterricemos y te contestaré —le contestó Laster.

George Murdock consultó el indicador energético del tablero de mandos y anunció alegre:

— Nos sobrará energía para llegar hasta él y para posarnos sobre su superficie. Hasta es posible que aún dispongamos de la suficiente para realizar algunos vuelos exploratorios del terreno.

— Despídete de esos vuelos, Murdock —se burló Alves—. Enoka acaba de incrementar la velocidad y se ve que tiene prisa por alcanzar ese planeta.

La esferilla surcaba el espacio con el poderoso empuje que le prestaban sus cuatro motores a toda velocidad. El tamaño de aquel astro aumentaba a ojos vistas y su color anaranjado iba palideciendo con la proximidad hasta convertirse en un tinte rosáceo en donde continuaban las manchas negras y cambiantes que ninguno podía explicarse todavía. El volumen de aquel astro, pese a la denominación de «planetillo» que le dieran las amazonas, era bastante mayor que el de la Luna, a juzgar por el incremento de forma que la proximidad lo daba, y hasta puede que alcanzase doble tamaño del satélite terrestre a poco que se apurasen los cálculos.

—Es magnífico, Mario —decía Jimmy— Yo no sé donde comienzan o terminan nuestras aventuras siderales, pero de lo que sí estoy seguro es de que si llego a tener nietos juzgarán a su abuelo el mayor embustero de todos los tiempos cuando les cuente estas cosas.

—No hace falta esperar a la tercera generación, Jimmy —le corrigió Lester riendo—. Espera a que nuestros compañeros de la «Murdock Mail Line» se enteren de nuestras andanzas y entonces sabrás lo que es bueno.

En todos había renacido la confianza y la seguridad en sí mismos con la contemplación de aquella tierra desconocida que, no obstante, podía encerrar los mayores peligros y los riesgos más inconcebibles. Perdidos hasta entonces en la inmensidad del espacio, abandonados a sus propias fuerzas y con la sola ayuda de los medios mecánicos encerrados con ellos en la esferilla marciana, aquel planeta rosáceo era para ellos la isla providencial, la tabla de salvación que venía a asegurarles la supervivencia, el oasis en

medio del desierto que ofrece a los caminantes la promesa del agua salvadora. Lo importante para todos ellos era llegar hasta allí despreciando los riesgos que más tarde pudieran acontecerles; luego ya verían la forma de desafiar los peligros que se les presentaran, tratarían de resolver las dificultades y vencer todos los inconvenientes…

Su objetivo ora aquel planetillo… y su primer paso hacia la salvación estaba próximo, muy próximo, ensanchando cada vez más su diámetro y lanzando a los ojos de quienes le contemplaban desde el espacio el majestuoso y fantástico espectáculo de su centelleante superficie y sus armoniosos y rápidos cambios de color.

CAPÍTULO V

EL MONSTRUO

PERDIENDO lentamente el impulso de la velocidad adquirida, la esterilla se inmovilizó en el aire, girando sobre sí misma, después de la detenida exploración que sus tripulantes llevaran a cabo sobre la superficie de aquel planeta. A través do la pantalla televisora, una vez salvada la brumosa capa que formaba como una cubierta protectora de su cielo, solamente llegaron a descubrir una serie de bosques, espesa selva de aspecto poco tranquilizador, algunos ríos o corrientes de líquido que buscaban un mar perdido en la lejanía del horizonte... y ni un solo vestigio de amigos o enemigos en toda la vasta extensión concienzudamente recorrida desde el aire.

Obtuvieron, sí, la certeza de la existencia de atmósfera propia cuando sintieron el brusco estremecimiento de la esferilla penetrando en las capas densas y llegó hasta ellos la ardorosa sensación producto de la elevación de temperatura de las paredes externas por su roce con ella. También los instrumentos de a bordo experimentaron diversas alteraciones con el brusco aumento de temperatura, pero ninguna de ellas fue capaz de disuadir de sus propósitos a los seres que lo esperaban todo de aquella tierra desconocida.

—Me asusta descender hasta allí —confesó Murdock, señalando hacia el selvático laberinto que se reflejaba en la pantalla televisora.

—¿Y lo dices ahora, cuando la cosa no tiene remedio? —se le burló Jiinmy.

—Así es, muchacho; me da miedo profundizar más y más en los misterios insondables del espacio, porque carecemos de la necesaria experiencia para hacerles frente.

—¡Cáspita, jefe! No creo que haya muchos como nosotros, gente que haya visitado tantos planetas y recorrido esos millones de kilómetros que tenemos en nuestro haber.

—No me entiendes, Jimmy. No me refiero a la experiencia práctica sino a la teórica, a la preparación adecuada que tanto he echado a faltar; si fuéramos hombres de ciencia, si nuestras mentes estuviesen llenas de vastos y profundos conocimientos, si

comprendiéramos todo lo referente a la maravilla de los astros, de su movimiento, de sus condiciones de habitabilidad y vida… ¡Qué voy a decirte, Jimmy! Sólo de una cosa estoy cierto y es que la ciencia es del todo necesaria en estos menesteres.

—Puede que tengas razón, jefe —concedió el mecánico—, pero tampoco es probable que si fuésemos científicos de esos de calva pronunciada, gruesas gafas y arrugados semblantes… o solamente científicos jóvenes, no tendríamos… ¿cómo diría yo?… esa alegre imprudencia que nos hace aceptar los riesgos y peligros como una especie de torneo deportivo en el que ha de triunfar el mejor. Si supiéramos lo que nos espera, si conociésemos remotamente lo que vamos a encontrar ahí y en todas partes, creo que ninguno habría aceptado la decisión de Enoka y habríamos intentado el regreso a la Tierra con nuestros propios medios. Es más; hasta es probable que desde el principio no nos hubiéramos aventurado en el Amazonas para buscar a nuestros compañeros y estuviésemos todavía en Caracas, luchando por las judías en lugar de…

—¿En lugar de qué? —terció Lester—. Te advierto que ya me voy cansando de todas estas aventuras que a nada conducen, sino a dejar estúpidamente nuestra piel en cualquier lugar del espacio.

—De nada sirve el lamentamos, Lester —dijo Murdock—, cuando, como antes dijera Jimmy, la cosa ya no tiene remedio.

—Y que lo digas, Murdock —los anunció la voz de Mario Alves —, porque acabamos de iniciar el descenso hacia la superficie de ese planeta.

La esferilla se hundía verticalmente y su distancia hasta la superficie disminuía por momentos permitiendo contemplar los menores detalles de aquella selva espesa. Hasta donde llegaba la vista todo tenía una coloración rojiza, un tanto difuminada por la especie de neblina que llegaba hasta ellos; la vegetación, las porciones de tierra que llegaban a distinguirse… hasta las mismas corrientes líquidas —los terrestres se resistían a denominar aquello como agua— tenían la misma coloración uniforme y monótona. De vez en cuando, un punto escarlata se marcaba entro la bruma, burbujeaba entre aquellas nubecillas blancas que lo envolvían todo y desgranaba su ardiente cascada de lava roja sobre los pequeños montículos coronados por la hoguera. La erupción se apagaba casi enseguida y hasta los ojos de los expedicionarios llegaba la visión negra y aterradora del cráter que instantes después lanzaría nuevas bocanadas ígneas.

Había sudor en todos los rostros, atribuible en parte al calor

reinante en la esterilla y a la desazón que sentían, y Murdock palideció intensamente al recordar algo que hasta entonces no tuviera en cuenta: Tanto él como sus compañeros vestían las escafandras marcianas que encontraran en la aeronave, pero los cascos transparentes, pieza esencial para la respiración en un mundo privado de atmósfera, atraían todas las miradas como si fueran un imán poderoso. Allí estaban alineados debajo del asiento acolchado de la cabina; cinco yelmos colocados de la misma forma en que los terrestres les dejaran al ser capturados por las amazonas.

—¿Qué va a ocurrir si la atmósfera de ese planeta no es respirable? —se preguntó angustiado.

Ni las cuatro muchachas ni el hombre de Kaoni tenían cascos de presión. Tampoco la hechura de sus trajes permitiría acoplar las envolturas marcianas, pero cabía dentro de las posibilidades el hecho de que les obligasen a despojarse de sus trajes y a dejarles solamente el casco que sobraba —el que perteneciera al indígena muerto a bordo do la aeronave de Kaoni— y con el traje completo guardado en uno de los armaritos metálicos. Era muy probable que la lucha estallase dentro de la esferilla antes aún de posarse sobre la superficie de aquel planeta, y comprendiéndolo así Murdock hizo un rápido gesto a Jimmy que acudió a su lado.

—Atiéndeme bien, Jimmy —le susurró—. Vas a ponerte junto al armario que guarda las armas y lo defenderás con tu vida si alguien intenta abrirlo. Estas mujeres no llevan armas ni nosotros tampoco, pero si el instinto de conservación vence la amistad que nos hemos jurado, entonces no permitiré que nos despedacemos mutuamente para que vivan los supervivientes. Antes prefiero volar la esferilla con todos nosotros dentro.

—¡No acabo de entender lo que me has dicho, jefe, pero te aseguro que nadie abrirá el armario sin recibir un buen directo de izquierda.

Frenada por el efecto contrario de sus cuatro reactores, la esferilla se inmovilizó a unos metros de altura, envuelta en la nube de polvo rojizo que levantaba el rebufo de los escapes y que impedía por completo la visión a través de la pantalla. Lentamente, aminorando la potencia de los gases de salida, descendieron hasta sentir un choque blando, un estremecimiento de las paredes… Enoka dio una orden seca y desapareció el zumbido de los motores haciéndose un silencio extraño y breve. Esa vez el impacto contra el suelo fue más fuerte; se agarraron todos al primer asidero y por último la esferilla quedó inmóvil tras de resbalar sobre uno de sus

costados, de forma que la horizontal del suelo se convirtió en un plano con treinta grados de inclinación.

Se aclaró la nube de polvo; la pantalla televisora les presentó una panorámica de aquella superficie desierta y quieta, la perspectiva rojiza del cercano bosque, la brumosa capa que envolvía el cielo extendiéndose hasta el confín del horizonte... Nadie hablaba. Se miraban como adivinando sus mutuos pensamientos y los segundos de indecisión pasaron deprisa. Jimmy desafiaba a todos desde delante del armario, agarrado a sus puertas para no caer; Enoka contemplaba a Murdock, temblándole una pregunta en los labios y Cesia, la muchacha herida, había alzado los ojos hacia la escotilla como temiendo verla abrirse y penetrar a través de ella todas las furias del infierno. Fue Akos quien, antes de que nadie pudiera detenerle, trepó veloz por la escalerilla y soltó el primer pasador de la trapa sin hacer caso del instintivo grito de sus compañeros.

— ¡Quieto... quieto, Akos! —tronó Murdock.

Pero el hombre de Kaoni se encogió de hombros sonriendo y prosiguió su tarea zafándose de las manos que intentaban agarrarle. Uno tras otro, los pasadores fueron cayendo y por último Akos empujó con fuerza la trapa redonda que giró hacia afuera, golpeando contra las paredes metálicas de la esferilla con fragor sordo y dando paso a una bocanada de aire caliente y espeso.

Era ridículo contener la respiración y así lo comprendió Murdock. Comprendió también el gesto de Akos y le dio instintivamente la razón: si la atmósfera de aquel planeta no era respirable, ¿a qué prolongar la agonía de los seres encerrados en ella? La esferilla carecía de esclusa de entrada y salida, no tenían tampoco suficientes trajes de presión para todos...

—Es mejor eso que has hecho, Akos —dijo Murdock—. Vale más acabar de una vez.

Se asombró al escuchar su propia voz, al percibir el rumor acompasado de sus pulmones aspirando el soplo caliente que llenaba la esferilla, los latidos apresurados de su corazón que esperaban un final que no llegaba.

— ¡Aire! —aulló Jimmy—. ¡Aire respirabie!

— ¡Seguimos viviendo! —añadió excitado Lester —¡Hurra!... ¡Hurra, maldita sea!

En tropel se precipitaron todos hacia la escalerilla, atropellándose impacientes, queriendo ser todos los primeros en

pisar aquel suelo que tan providencialmente se cruzara en su camino para ofrecerles un ancla de salvación. Akos, en cuclillas sobre la envoltura metálica, ayudó a Enoka y a Murdock, a Durisan, Lester Doc y Jimmy, tendió la mano a Lodia y por último a Mario Alves que sujetaba con delicadeza el brazo lastimado de Cesia.

Los últimos en salir presenciaron el espectáculo de un James Tiddim que semejaba haberse vuelto loco de verdad, revolcándose por el suelo, lanzando al aire puñados de polvo y recreándose en recibirlos sobre el rostro a modo de benéfica lluvia; de Lester Doc, riendo a carcajadas y uniendo sus voces desaforadas a los gritos del mecánico; de las mismas amazonas que pese a sus claros transportes de alegría miraban asustadas hacia aquellos dos energúmenos que de forma tan rara se comportaban, y a George Murdock contemplando atento el cercano bosque como esperando ver salir de él una embajada de paz o de guerra por parte de las moradores de aquel planeta.

— ¡Eh, vosotros! —les gritó Alves desde lo alto de la esterilla—. ¿No va nadie a ayudarnos a bajar de aquí?

—¡Salta si te atreves, teniente! —chilló Jimmy. —Son apenas cuatro metros y la tierra es blanda y caliente.

—Espérame, valentón —contestó regocijado el brasileño—. Voy a partirte los hocicos en cuanto estés dentro de mi radio de acción.

Poco después, improvisadas unas cuerdas que facilitaran la ascensión y el descenso desde la aeronave, se reunían al pie de ella pisando aquella tierra rojiza, una tierra suelta, caliente y crasa, listos para tomar una decisión.

— ¡Eso no hay que preguntarlo siquiera, jefe —resumió Jimmy —. Yo salgo voluntario para ir delante; que me sigan los que quieran enterarse de cómo es este planeta.

* * *

Cesia, Akos y Mario Alves, designados por sorteo, se habían quedado junto a la esferilla constituyendo la guardia del vehículo aéreo del que por ningún concepto pensaban desprenderse ni abandonar a su propia suerte. Los demás desaparecieron en el interior del bosque llevándose las dos pistolas eléctricas y uno de los fusiles desintegradores, dejando el otro al tercero de guardia antes de comenzar la exploración de aquel planeta.

—Espero que no será necesario advertir a nadie la debida prudencia —dijo Murdock cuando cruzaban la linde del bosque—, máxime cuando no hay armas para todos.

Con ojos asombrados fueron reconociendo la espesura. El bosque estaba formado por una sucesión de troncos nudosos y retorcidos, de una madera con la dureza de la piedra, que extendían la masa de ramas y hojas sobre las cabezas de los exploradores. No había maleza, tal vez debido al calor del suelo que aumentaba conforme se acercaban a la zona volcánica, y hasta las mismas hojas adoptaban la forma de las agujas del pino, privadas de su poder de expansión. Los mismos hombres y mujeres que atravesaban la jungla, sentían sobre sus pulmones la opresión aplastante de aquella atmósfera cálida que les producía una fatiga sutil que poco a poco iba dejando sentir sus efectos.

—No es muy buena la atmósfera, jefe —se lamentaba Jimmy—, pero la aceptaremos a falta de otra.

En varias ocasiones sintieron temblar el suelo bajo sus plantas, tal vez debido a movimientos sísmicos o acaso por las pisadas cercanas de alguna bestia de gran tamaño —cosa posible dada la fluidez de aquella tierra— y Murdock ordenó redoblar las precauciones en previsión de una sorpresa. A los treinta minutos de marcha los árboles rojos comenzaron a espaciarse y a desaparecer dando paso a una llanura atormentada por las convulsiones volcánicas. Una solfatara cercana lanzó hasta sus olfatos el acre olor de los vapores de azufre y, pasada la última línea de árboles, se ofreció ante sus ojos un espectáculo verdaderamente dantesco.

Todo el suelo semejaba hervir, se percibían claramente sus movimientos convulsivos y las grandes burbujas que reventaban sobre la superficie, estallando secas y levantando columnas de blancos gases que se estabilizaban en lo alto formando una capa de nubes. La llanura toda era un mar de hirviente lava, salpicado a trechos por los montículos cónicos de los volcanes que incrementaban su caudal con erupciones intermitentes. Un espantoso calor se desprendía para esparcirse en todas direcciones y hasta los exploradores llegaban las emanaciones de los gases, las menudas cenizas volcánicas y hasta, en ocasiones, las piedras incandescentes que las detonaciones y truenos de la atormentada superficie despedían con fuerza. Desde aquella distancia, envuelto el paisaje entre los velos blanquecinos de la bruma y el humo, daba la sensación de una gigantesca caldera, de una auténtica sección al aire libre del infierno, que se extendía sobre un ancho espacio cortando el camino en cualquier dirección. El suelo y los escasos arbustos que bordeaban la inmensa charca ardiente estaban cubiertos de una corteza pétrea erizada de cortantes aristas vítreas que herían como cuchillos. La soledad y la muerte semejaban

imperar en aquel siniestro campo en el que sólo se evidenciaba la potencia de las fuerzas naturales desatadas.

—Hermoso fogón —dijo Lester—. Ya tenemos resuelto el problema de la calefacción.

—Pues retrocedamos, si ya lo has visto bien —repuso Jimmy—, y busquemos otro sendero para nuestra ruta. ¡Pobre del que caiga ahí!

Enoka y sus dos compañeras asintieron a las palabras del mecánico y cuando se dirigían hacia Murdock para seguir sus pasos en busca de otro camino, un chillido de Durisan les clavó a todos en el sitio con los ojos desorbitados de espanto y asombro; en medio del silencio estalló como una bomba la exclamación de Jimmy:

— ¡Por quinientos millones de...

La capa finita de lava se abrió en remolino para dar paso a las agudas crestas escamosas de una cola latigueante, un apéndice de color verde oscuro que removió la superficie despidiendo surtidores ardientes.

—Pero... pero eso es imposible... ¡Es inaudito! —articuló Murdock—. ¡Nadie podría vivir metido entre ese horrible fuego de piedra líquida!

Aquella cola de unos tres metros de largo osciló en el aire moviéndose pesadamente y poco a poco surgió de entre la lava el lomo voluminoso y gigantesco de un animal, de una bestia de gran tamaño y desconocidas características, que culminó con la aparición de una cabezota deforme y maligna, unas fauces dentadas de horrendo aspecto y unas patas cortas y gruesas rematadas en sus extremos por unas a modo de aletas natatorias. Dos chorros de vapor se escaparon por una invisible abertura de aquella cabeza, y el monstruo se distendió en un salvaje desperezo que mostró a los exploradores su total corpulencia, Mediría unos treinta metros de cabeza a cola, el volumen de su cuerpo era muy superior al de un elefante y tanto el lomo como la panza estaba cubierto por una especie de placas poligonales que le daban el aspecto de un mosaico viviente. Sobre su dorso se erguía una cortante cresta puntiaguda que descendía desde el rechoncho cuello aumentando de tamaño hasta la cola.

Mirando a las amazonas, Murdock se convenció por su terror de que era la primera vez que se enfrentaban con una visión semejante. Tampoco él podía estar seguro de lo que estaba viendo y aunque muchas veces contemplara en el Museo de Historia Natural de Nueva York las imágenes y láminas de animales prehistóricos, no

acertaba a encuadrarlo ni asemejarlo con ninguna de ellas. Era algo fabuloso y fantástico, acrecentado, si cabe, por el hecho de que pudiera resistir el terrible calor de aquel mar de lava que le servía de lecho.

—¡Quietos! —ordenó con voz susurrante y arrebatando a Enoka el fusil atómico que la muchacha llevaba.

La bestia se removió inquieta como si adivinara la presencia de los extraños; su cabeza giró a un lado y a otro y sus fauces se abrieron para mostrar la triple fila de agudos dientes de un blanco repulsivo.

—¿Qué comerá este bicho, jefe? —preguntó Jimmy.

—¡Cállate! —cortó enérgico Murdock—. Creo que el monstruo está ciego, pero nos oye perfectamente.

La reacción de la fiera confirmó las suposiciones de Murdock. Sin que nadie pudiera distinguir en su cabeza los órganos visuales, pero llevada certeramente de manos del sentido auditivo, giró hacia ellos y hasta avanzó unos metros chapoteando entre las columnas de humo que su paso levantaba. Sin hacer caso del grito de terror de las amazonas, Murdock se arrodilló en el suelo apuntando el fusil contra el costado de la bestia que ahora se le presentaba en escorzo; apretó el disparador y sintió en su hombro los efectos del retroceso... y allá abajo, a quinientos metros de distancia, se alzó la nube negra de la explosión en medio de un ensordecedor estruendo.

— ¡Duro con él, jefe! —animó Jimmy—. ¡Arráncale un buen salomillo!

Pero al disiparse el humo, contemplaron incólume a la fiera que había resistido sin ninguna mengua el impacto de su proyectil atómico y que, guiada ahora por una sensación consciente, avanzaba hacia el grupo con toda rapidez. De buen grado habría disparado nuevamente Murdock, seguro de no fallar a menos de cuatrocientos metros, pero el chillido de pánico de Enoka que no podía concebir nada que se resistiera a la energía nuclear y que perdía todos los avances de su civilización v su valiente decisión demostrada en otras ocasiones, vencidas ahora por el instinto de conservación que la impulsaba a huir de aquello que parecía sobrenatural, le obligó a correr detrás de la muchacha dándole voces para que se detuviera y arrastrando detrás de él a Jimmy y a los demás que tampoco querían separarse de sus compañeros.

Serpentearon entre los árboles, galoparon rápidos hasta poner una gran distancia entre el mar de lava y ellos mismos y al fin se detuvieron jadeantes al pie de un árbol, se desplomaron sin fuerzas

para proseguir mientras Enoka se acurrucaba entre los brazos de Murdock sollozando aterrada.

—No temas, muchacha —murmuró el norteamericano acariciando sus cabellos negros—. Ya ha pasado el peligro.

Ella alzó hasta él sus ojos arrasados en llanto, se estremeció de vergüenza como persona sorprendida en una debilidad y trató de erguirse para recobrar fortaleza.

—No acostumbro a comportarme de esta forma, Murdock —dijo como toda explicación— y te aseguro que...

—No te excuses, Enoka —la interrumpió el piloto—. Por primera vez desde nuestro encuentro he tenido entre mis brazos a una mujer en lugar de un soldado, y aunque tan sólo sea por ello bendigo la presencia de ese monstruo que me ha hecho conocerte como verdaderamente eres.

—No te comprendo, Murdock —se empeñó ella.

—Ya habrá tiempo para que lo comprendas, Enoka —repuso Murdock tomando sus manos entre las suyas—. Te extrañará que te diga todo esto, pero aunque las costumbres de la Tierra sean distintas a las de Kaoni, llegará un día en que lograremos entendernos perfectamente.

Se inclinó para besar ambas manos de la muchacha e interrumpió la caricia ante el carraspeo burlón de Jimmy que se acercaba para decirle:

— ¡Cáspita, jefe! ¡En lugar de dedicarte a esas expansiones, podías pensar en ayudarnos a encontrar el camino de vuelta. Nos hemos perdido en el bosque como los niños del cuento y tengo miedo de que nos salga un lobo dispuesto a comerse a los cerditos.

No supo Murdock si el mecánico hablaba en serio o en broma, pero se incorporó sonriente, ayudando a Enoka que aún no salía de su asombro ante aquel acto del terrestre y dijo con voz alegre:

—Pues en marcha para buscar eso camino, Jimmy. Vamos, arriba todos.

Tiddim se le acercó misterioso para preguntarle en torno socarrón:

—¿Me dejarás ser el padrino, jefe?

Te dejaré... ¡te dejaré en el sitio de una patada si continúas con tus impertinencias!

CAPÍTULO VI

DESCUBRIMIENTO INQUIETANTE

LLEGABA a este punto el relato de George Murdock, cuando el profesor Allyson le interrumpió para preguntarle nuevos datos acerca de aquel monstruo descubierto entre el mar ardiente de la lava, y ambos se enzarzaron en una serie de suposiciones y conjeturas que a nada práctico conducían, toda vez que el piloto no podía ser más explícito en sus noticias ni por otra parte intentaron aproximarse de nuevo a la desolada zona en donde predominaban los volcanes.

Avanzada la noche, combatiendo el frío con el calor de la hoguera y con infusiones de café obtenidas de la reserva de víveres que consiguieran salvar de los almacenes del *Silver Star*, los terrestres escuchaban interesados aquel relato que por momentos iba descubriéndoles nuevas facetas de la extraña tierra a donde habían venido a parar. Betty Patterson, reclinada sobre el hombro de Travers, había abandonado sus notas para entregarse por completo a la escucha. Las muchachas de Kaoni sonreían a sus nuevos compañeros como corroborando los asertos de Murdock, y sus compatriotas, hombres llegados a bordo de aquella aeronave encerrada en la gruta, hacían signos de impaciencia mirando a hurtadillas a los terrestres y dirigiendo sus miradas hacia la altura como deseando que la noche terminara y con la llegada de la luz pudiesen comenzar de nuevo los trabajos de reparación.

—Por favor, miss Betty —pidió el profesor Daniels—. ¿Quiere darme sus notas acerca de las características de este planeta?

Aquí las tiene, profesor —repuso la muchacha después de hojear en su bloc—. Pero no creo que puedan servirle de mucho porque están en taquigrafía.

—Yo también soy taquígrafo, señorita; y en cuanto a su valor, tal vez por ellas pueda deducir algunos datos interesantes.

Paul Anderson hablaba a su vez con James Tiddim:

—Lamento que no llegara a conocer a nuestro Alan Morley —le

decía—. Era un hombre que tenía muchos puntos de contacto con usted en lo tocante a humor y alegría y su presencia nos sirvió de mucho durante el viaje.

Hablo por mí mismo, señor Anderson, y reconozco que siempre es bueno contar con alguien que haga de payaso para quitar las preocupaciones, aunque esa misma persona esté tan asustada y nerviosa como los demás. Yo me he pasado mis sustos y malos ratos... pero, ¡cáspita!... no había forma de eludir el chiste o la frase alegre cuando todo parecía perdido. Después de todo ello vinieron estos tiempos de agitación casi constante y…

Por favor, caballeros —les llamó el profesor Allyson—. He considerado la conveniencia de que nos marcháramos a dormir dejando el relato de George Murdock para otra ocasión, pero al mismo tiempo confieso que no podría descansar sin conocer todo lo referente a su presencia en este planeta y las circunstancias que rodearon su llegada a él. Les pido me contesten si están de acuerdo conmigo.

—No hay inconveniente por mi parte, profesor —rio Betty—, si Mr. Daniels es tan amable de ocuparse de la transcripción taquigráfica. Confieso que estoy rendida después de más de tres horas de anotar sin descanso.

—Yo me encargaré de ello —gruñó el astrónomo—, Soy de la opinión de Allyson y prefiero quedarme a escuchar, siempre que Mr. Murdock no esté fatigado.

—En absoluto, profesor —repuso aquél—. Hacía tanto tiempo que no tenía ocasión de charlar en inglés, que sería capaz de pasarme la noche entera hablando sin experimentar el menor cansancio.

—Prosiga usted entonces, señor Murdock —dijo Harry Travers —. Estamos dispuestos a escucharle.

Y otra vez el relato de George Murdock semejó cobrar vida, envolviéndoles a todos en la excitación de la curiosidad y el interés.

* * *

Las columnas rectilíneas de los troncos semejaban espesarse ante los ojos de los expedicionarios que, llevados de su loca carrera por escapar de aquel monstruo, no se preocuparon mucho de atender al camino de regreso ni orientarse hacia el lugar en donde dejaran la esferilla

—Buena la hemos hecho —renegó Lester Doc—. Imagino que

este bosque será lo suficientemente extenso como para crearnos nuevas preocupaciones antes de conseguir salir de él.

—Será mejor que no nos preocupemos antes de tiempo, muchacho —aconsejó Murdock—. Mario Alves habrá escuchado la detonación de nuestras armas y cuando comience a alarmarse por nuestra tardanza nos hará señales para orientarnos. Mientras tanto, caminemos en línea recta para intentar alcanzar la salida.

Se introdujeron en el laberinto de troncos resoplando con fuerza a causa de la pesadez de la atmósfera y sintiendo sus cuerpos bañados en sudor. Con Murdock y Enoka en cabeza, la corta fila serpenteó por el bosque, vigilante y atenta, y al cabo de unas dos horas de marcha tranquila y sin incidentes distinguieron sobre la arboleda el bulto informe de un objeto de gran tamaño. La espesura estaba destrozada, como talada por un hacha gigantesca y el suelo sembrado de heterogéneas piezas que no tuvieron dificultad en identificar.

— ¡Son los restos de una aeronave, Murdock! —dijo Jimmy examinando uno de aquellos fragmentos metálicos.

El gesto de George para hacer callar a Jimmy resultó inútil; el más prefinido silencio imperaba sobre aquel bosque sin que ni siquiera el rumor de la brisa entre las hojas llegara a turbarlo. Indudablemente, fueran amigos o enemigos los tripulantes de aquella aeronave, o no se encontraban junto a sus restos o estaban en condiciones tales que les imposibilitaba ofrecer resistencia. Comprendiéndolo así, Murdock alzó la mano ordenando reanudar el avance, y el grupo que hasta momentos antes estuviera tendido en tierra y a cubierto de toda asechanza se incorporó para acercarse.

Como debido a la explosión de una gigantesca granada, los árboles habían sido arrancados y removida la tierra formando un embudo en donde reposaba, reventada y deshecha, una aeronave esférica de líneas semejantes a las que todos conocían ya. Su envoltura metálica y brillante se había hendido de arriba a abajo con la violencia del choque y la esfera, reducida a fragmentos y mostrando su descamada osamenta, daba muestras de haberse desplomado desde gran altura, como un cuerpo sin vida y privado de sus facultades de maniobra.

— ¡Vaya porrazo, jefe! —dijo Lester.

Ni siquiera podía calificarse aquello como un aterrizaje forzoso. Era un desplome completo, una colisión feroz que, aunque extraña por el hecho de que sus reactores atómicos no hubiesen hecho explosión, aseguraba el final para todos los tripulantes que no

hubieran llegado a abandonarla a tiempo.

—Vigila desde aquí, Jimmy —ordenó Murdock entregando al mecánico el fusil atómico—, y dispara al menor signo de alarma.

En unión de las amazonas y de Lester, el piloto husmeó entre los despojos, apartando las planchas y fragmentos que obstaculizaban su paso; de la aeronave sólo quedaba intacto el fuerte tubo central que encerraba el elevador —ahora convertido en un amasijo informe— y las vigas y soporte que en otro tiempo reforzaron los distintos pisos de la esfera. Todo lo demás, salvo los grandes trozos da la envoltura que, cuarteados y partidos, sobrevivieron al choque, estaba amontonado en el fondo del embudo formando un montón revuelto del que sobresalía la pelota negruzca de las instalaciones propulsoras y los restos dispersos de los más variados instrumentos y útiles.

—Indudablemente hay radioactividad —advirtió Murdock—. Que nadie se acerque un paso más.

— ¡Mira esto, Murdock! —llamó Lester.

Despedido a distancia por la violencia del choque, empotrado materialmente en su sillón de pilotaje, había un cuerpo destrozado, una figura alta y corpulenta cubierta con el traje de presión que constituía el uniforme obligado del Universo. Yacía boca abajo, con los brazos extendidos por encima de la cabeza y Lester y Durisan aunaron sus esfuerzos para dar la vuelta al asiento de forma que cuando Murdock se aproximó pudieron contemplarle todos.

Era un ser de remota apariencia humana, de complexión robusta y elevada talla, cubierto por una escafandra muy semejante a la que los exploradores vestían. Las manos terminaban en un articulado guantelete provisto de cinco dedos, y su tórax desaparecía entre un amasijo revuelto en el cual se mezclaban las piezas metálicas de los anillos del traje y los girones de una piel extraordinariamente blanca y cubierta de un vello rojizo. Era un espectáculo repugnante que les hizo volver la vista, pero la curiosidad pudo más en ellos obligándoles a proseguir el examen de aquel cadáver. Su rostro era lo más interesante, conservado intacto por la protección del casco metálico que llevaba. Por debajo de unas hirsutas y pobladas cejas se abrían dos ranuras estiradas en cuyo interior yacían unas pupilas glaucas y vidriadas.

Carecía de nariz, al menos en la forma que los terrestres estaban acostumbrados a considerar, y sus funciones parecían reemplazadas por el trío de agujerillos que se abrían sobre el labio superior.

Un vello rojizo que semejaba ser la continuación de los ralos

mechones de cabello que asomaban por debajo del casco se extendía sobre sus blancas mejillas y se unía por debajo de la barba, rodeando su boca dentada para perderse por la escotadura del traje. En ambos lados de la cabeza, en el lugar de los oídos, tenía otras tantas ranuras verticales provistas de una membrana protectora, acariciada por el cabello, el casco, construido a! parecer del mismo metal brillante de la aeronave, estaba rematado por una especie de foco encarnado, una luz semejante a la que los mineros acostumbran a llevar para ayudarse en su trabajo.

—Un hombre de Noidim —dijo Enoka antes de que nadie pudiera anticipársele en la deducción.

—Yo he llegado a confundirle con los seres de Marte —dijo Murdock—, dada la semejanza de características raciales.

—Los hombres de Noidim llevan todos esa luz sobre el casco, Murdock —aclaró la muchacha—, porque son ciegos a cualquier color que no sea el rojo. Nos valemos de este detalle para distinguirlos.

Jimmy, abandonando la vigilancia en vista de la tranquilidad de que gozaban, se había acercado también hacia los restos de la aeronave y desde allí llamó apresuradamente:

— ¡Aquí hay otra cosa, jefe!

— ¡Aparta de ahí, Jimmy! —gritó Murdock—. ¡Ya os advertí antes acerca de la radioactividad!

— ¡Bah! —repuso el mecánico—. La misma influencia tiene donde yo estoy que en muchos metros a la redonda. Fíjate en esto y verás cómo tiene importancia.

Junto al montón informe de los propulsores atómicos se distinguían claramente los restos de dos esferillas de salvamento. Una de ellas estaba aplastada, reducida casi a una oblea por el enorme peso de los reactores y la otra, destrozada también, permitía contemplar en su interior los restos de tres noidios espantosamente mutilados.

—Si no descubrimos lo que queda de las otras dos esferillas, habrá que suponer que sus tripulantes se encuentran a salvo sobre la superficie de este planeta —añadió el mecánico.

—Tanto pueden ser dos como doscientos —agregó preocupado Lester—. Lo cierto es que nos arriesgamos a encontrarnos con ellos… y que Mario Alves, Cesia y Akos pueden estar ahora en peligro. Hay que regresar junto a ellos, Murdock —pidió —y prevenirnos para la defensa.

—Calina, Lester —dijo Murdock—. De nada nos sirve preocuparnos ahora.

Enoka les confirmó en la certeza de que cada aeronave noidia, al igual que las marcianas, llevaba tan sólo cuatro esferillas de salvamento y que, contando con la existencia de dos intactas y ocultas en cualquier punto de la superficie de aquel planeta, podían suponer que frente a ellos se alzaban de quince a veinte noidios.

—Son todos los que caben en ellas, Murdock, —se apresuró a explicar la muchacha—, pero me imagino que en un caso semejante serían más los que se introducirían en ellas para salvarse.

—Y todos estarán armados, jefe —aseveró Jimmy.

—Bien; nada nos queda por hacer aquí. Reanudemos nuestra marcha e intentemos reunirnos con los nuestros. ¡Deja quieto eso, Jimmy! —añadió al ver que el mecánico intentaba apoderarse de un fusil noidio que parecía estar en perfecto estado de conservación—, ¡Ya nos hemos expuesto demasiado a la radioactividad.

—¡Pero, jefe!...

—En marcha, Jimmy. Prefiero a mi gente desarmada, pero viva, antes que exponerme a un desastre contra el cual no podemos luchar

Casi cuatro horas invirtieron en alcanzar la linde del bosque y asomar a la llanura polvorienta y rojiza que ya conocían. Sin embargo, el punto por donde la alcanzaran no era el mismo que les sirvió de partida. Continuaban sin divisar a la esterilla y a la guardia dejada en ella y solamente tenían ante sus ojos el espectáculo de un río de lava que parecía brotar de la tierra entre surtidores de vapor y gases azufrosos.

—¡Santo Dios y qué país! —renegaba Jimmy—. ¡Sería la felicidad de una empresa dedicada al negocio de la calefacción!

El río de lava no les dejaba otra alternativa que dirigirse hacia la izquierda, siguiendo una ruta paralela a la línea de montañas que se perfilaban en la lejanía y que desaparecían a intervalos entre la cortina de bruma y humo que las erupciones volcánicas arrojaban. La luz parecía incrementarse por momentos y la temperatura aumentaba también haciéndoles desear despojarse de sus trajes de presión.

—Daría mi brazo derecho por un buen baño —murmuraba Lester con tono jadeante—. ¿Qué se habrá hecho de aquellas corrientes líquidas que divisamos desde el aire?

—Probablemente ahí tienes una de ellas, Lester —le contestó

Murdock—. Casi estoy por asegurar que se trataba de ríos de lava y que el mar en donde desembocan debe ser un infierno semejante al que hemos contemplado al otro lado del bosque.

Iniciaron su camino bordeando a distancia la espesura, y hasta ellos llegó el retumbo ahogado de una explosión mientras hacia lo alto ascendía perezosamente una nubecilla blanquecina que se confundía con el caliginoso ambiente. Mentalmente calcularon los terrestres unos doce o quince kilómetros hasta el lugar en donde tal ocurriera y Lester expresó el pensamiento de todos al exclamar:

—Ese debe ser Mario... pero, ¿nos hace señales, inquieto por nuestra tardanza, o es que acaso le están atacando?

—Nos avisa —contestó Enoka sonriendo alegre. —Nos está advirtiendo su presencia... y la de eso —añadió alzando su brazo para señalar un punto en el cielo.

Con una exclamación de sorpresa que contrastaba con la alegría de las amazonas, los terrestres contemplaron la aparición de un objeto negro que surcaba el cielo a gran velocidad y que con el paso de los segundos se convirtió en un huso alargado y de grandes dimensiones. Poco después advertían el brillante color amarillo de la aeronave y se dieron cuenta de que su trayectoria de vuelo la alejaba sensiblemente no ya del lugar en donde ellos se encontraban ahora, sino también del punto en donde aterrizara la esferilla. Se dirigía hacia las montañas con veloz carrera y desapareció de su vista oculta por las elevaciones y la bruma.

—Es una aeronave de Kaoni —anunció Durisan, —Es un buque do nuestra propia escuadrilla y hasta posiblemente la nave real, aunque no he podido identificar claramente su distintivo.

—Y no parece averiada a juzgar por la celeridad con que vuela —añadió gozoso Jimmy—. ¡Animo, muchachos! Ya tenemos asegurado el viaje de regreso a la Tierra. ¡Apresúrense, caballeros, apresúrense a sacar sus billetes!

—Apresúrate en procurar que nos reunamos con Alves y los demás —dijo Lester— y el resto ya vendrá por sus pasos contados.

* * *

Mario Alves saludó con un grito alborozado la presencia cercana de los exploradores que se aproximaban a la esferilla casi por el lado opuesto al que la abandonaran. Muestras de excitación y de alegría se reflejaron también en los semblantes de Cesia y de Akos, y el tercero de guardia abandono la aeronave para acudir al encuentro de los que llegaban.

—¡Por fin, muchachos! —saludó el brasileño — ¡Creí que no llegaríais a escuchar mis señales, que habíais desaparecido ya en cualquier volcán o cosa semejante!

poco ha faltado, amigo Alves —repuso muy serio Jimmy—, porque hemos tenido peligros para todos los gustos. Dimos con un monstruo que tomaba su diario baño de lava ardiente y que resistió el impacto de un proyectil atómico, nos perdimos en el bosque como en las auténticas novelas de aventuras y hasta hemos encontrado los restos de una esfera noidia con los cadáveres de varios de sus ocupantes. Pero no creas que eso es todo, no; también a vosotros os hemos dejado una parte de inquietud y lo comprenderás cuando te diga que sobre este planeta, además de volcanes, fieras y ríos de lava, hay también un pelotón de noidios, vivitos y coleando, provistos de armas y de dos esferillas voladoras y dispuestos a darnos un disgusto a poco que nos descuidemos.

Mientras Jimmy profería su ampuloso discurso, Murdock y Enoka informaron brevemente a Cesia y Akos de cuanto les acaeciera y les pidieron a su vez noticias acerca de aquella aeronave que vieron aparecer sobre el cielo. Jimmy proseguía acaparando al brasileño con sus interpelaciones, sin dejarle hablar siquiera.

—Y sólo hemos escuchado uno de tus cañonazos. Por ello supongo que al hablar de «señales» te referirás...

—Me refiero a la media docena de disparos que llevo hechos desde que os marchasteis, Jimmy— cortó apresuradamente aquél—, y no comprendo cómo los anteriores os pasaron desapercibidos. Ahora escúchame a mí: ¿Has visto la aeronave...

—¿Que si la he visto? Y hasta casi hablé con sus tripulantes, muchacho.

—Pues has tenido más suerte que nosotros —repuso irónico el brasileño—. Sólo tuvimos tiempo de conectar las pantallas televisoras al verla aparecer, pero ninguna señal de reconocimiento ni tampoco un solo mensaje pudo ser capturado. No irás a decirme que...

—No prestes atención a ese embustero, Mario dijo Lester— y disponte con nosotros a defender la esferilla mientras nos sea posible.

—Haremos algo mejor que eso, amigos —resumió Murdock mientras se acercaban a la aeronave— y será aprovechar nuestras ultimas reservas de combustible para volar hasta donde haya tomado tierra la nave de Kaoni. la encontraremos en cualquier lugar junto a las montañas y siempre estaremos más seguros con ellos que

permaneciendo aislados aquí. ¿Crees que los tuyos nos aceptarán, Enoka? —preguntó sonriendo.

—Vosotros siempre seréis bien recibidos entre la gente de Kaoni, Murdok —repuso prestamente la muchacha—, aunque no consigo fijar vuestra posición junto a los míos.

—Te comprendo, Enoka —dijo Murdok viendo la turbación de la amazona—. No somos científicos, ni tampoco gentes vulgares, ni podemos formar parte del ejército, ni del gobierno… Pero no te preocupes por ello; mientras continúa nuestro aislamiento en este planeta habrá que limar diferencias y poner en el trabajo y en la defensa todo nuestro estímulo. Luego cuando ya se pueda hablar nuevamente de regreso, bien sea a tu patria o a la mía… En fin, creo que tampoco entonces habrá diferencias porque…

—Ahora soy yo quien se esfuerza en comprenderte, Murdok.

—No importa, Enoka. Quizá dentro de poco haya de decirte algo sorprendente para ti y… bueno, yo quiero decir…

Carraspeó significativamente Jimmy ante aquellos titubeos de su jefe y largó su frase sin dar tiempo a que Murdok lo detuviese.

—Quiere decir que está muerto por tus pedazos, Enoka y que no puede resistir un minuto más sin declararse.

—¿Pedazos? —se asombró ella—. ¿Muerto por mis pedazos? Hay veces, Jimmy, que aunque procuro profundizar en vuestro idioma no consigo entender muchas de las palabras que dices.

—No hace falta, Enoka —rio Tiddim—. Estas de ahora las comprenderás cuando Murdock te las explique.

Y como la amazona girara hacia George con ojos interrogadores, el piloto, después de fulminar a Jimmy con una mirada terrible, cambió de conversación al decirle:

—Vamos a comprobar la reserva de combustible en nuestros depósitos, Enoka. Estoy impaciente por reunirme con los tuyos, máxime después de la inquietante presencia de los noidios de este planeta.

CAPÍTULO VII

LUCHA CUERPO A CUERPO

J

Jimmy, Lester Doc y Akos se ocuparon de cavar un hoyo en torno a la esferilla, profundizándolo más en los puntos sobre los cuales habla de coincidir el escape de los motores en posición vertical y, mientras tanto, Murdock y Alves ayudaron a Enoka y a Cesia la verificación del cálculo de energía disponible, de la ruta seguida por la aeronave de Kaoni y de la posible distancia y situación de su punto de aterrizaje a juzgar por los pobres y escasos datos que poseían.

Entre las voces entrecortadas de Jimmy, la tierra saltaba, suelta y fácil, empujada por la especie de pala que empuñaba el mecánico y ahondando el hoyo que le correspondiera. Detuvo su prosecución la voz de Murdock llamándoles a bordo y, recogiendo las herramientas, treparon por la improvisada escala, se introdujeron por la escotilla y, una vez asegurada la trapa metálica con sus pasadores, se acomodaron en la cabina, listos para emprender el vuelo.

Zumbaron los motores; el impulso de chorro de gases estabilizó la horizontalidad de la esferilla venciendo el ángulo de inclinación y el despegue se hizo de una manera lenta y majestuosa aunque la maniobra quedase enmascarada por la espesa nube de polvo que se alzó del suelo por el efecto del cuádruple chorro dirigido contra él. Ganando velocidad gradualmente, la esferilla ascendió hasta quinientos metros de altura, y desde allí cambió su inclinación de sus motores para proseguir su vuelo ascensional al mismo tiempo que se desplazaba oblicuamente por el espacio en dirección a las montañas cuya lejanía oscilaba entre 500 y 800 kilómetros.

Nuevamente dominaron la espléndida panorámica de la tierra rojiza, del bosque espeso y la revuelta confusión de los conos volcánicos lanzando sus bocanadas de lava sobre aquel mar de lava en cuyo seno dormía aquel extraño monstruo que resistiera el impacto de un proyectil atómico.

—¿Cómo te lo explicas, Murdock? —preguntaba Mario Alves, una vez que Lester mencionó aquel recuerdo— Yo no llegué a contemplar esa fiera, y me parce increíble vuestro relato.

—Si fuera un científico, un conocedor de los fenómenos desintegradores —repuso Murdock— podría darte una respuesta concreta. De otra forma solo me queda suponer que las placas de blindaje de su piel eran más poderosas que las de un tanque pesado.

* * *

—Yo puedo darle esa explicación, Murdock. —dijo Paul Anderson interrumpiendo el relato del piloto—, y sacarles a todos de dudas del extraño fenómeno. En toda generación de energía se desprende calor y, en el caso concreto de la explosión do un diminuto proyectil atómico, este calor no implica obligatoriamente la fisión de los materiales sometidos a su influjo. Me explicaré más claramente: la infiltración de este calor y de esta energía viene regulada por el peso atómico de los materiales sobre quienes haya de actuar. Y así, la inmensa mayoría de las sustancias componentes de la corteza terrestre tales como arenas, arcillas, caolines, etc., son incapaces de la fusión y fisión[2] atómica. Este fenómeno sólo se produce de una manera apreciable en los elementos cuyo peso atómico sea muy inferior a 25; en cambio, la fisión exotérmica únicamente tiene lugar al escindirse los núcleos de pesos atómicos superiores a 200. Por lo tanto, basta deducir que la coraza córnea de ese monstruo estuviera compuesta por cualquier elemento de peso atómico entre 25 y 200 para comprender el por qué la reacción provocada por el estabilizador del proyectil no le afectó en lo más mínimo.

—Gracias, señor Anderson —repuso Murdock—. Ha resuelto usted el misterio que más nos obsesionaba después de comprobar el terrible poder destructor de estos fusiles atómicos.

—Y lo ha resuelto fácilmente, ¿eh, jefe? —añadió Jimmy con tono de asombro.

—Ya dije en cierta ocasión que la ciencia era necesaria en todos los viajes siderales, Jimmy, y que más de una vez deseé poseer unos conocimientos de que no dispongo para asi…

— Pues lo que es ahora tenemos un buen equipo, jefe. Astrónomos, matemáticos, ingenieros, físicos nucleares, técnicos… ¡Todo un ejército de científicos!

— Un ejército que no les regateara el mas mínimo esfuerzo, Jimmy —dijo Harry Travers.

— Será mejor que continúe —habló Murdock tornando a tomar asiento al lado de Enoka—. Ya queda poco y espero terminar mi relato dentro de un momento. ¿Dónde estaba?... ¡Ah, sí!.,.

* * *

El río de lava que interceptara el paso a los exploradores durante su reconocimiento de la superficie fue franqueado desde el aire a una altura de casi mil metros y el rumbo se enderezó de forma que la esferilla describiera un amplio círculo sobre la zona donde esperaban encontrar a la nave de Kaoni que constituía para ellos un nuevo signo de salvación. Durisan y Cesia atendían al detector mientras los terrestres y Enoka avizoraban las pantallas de televisión explorando la superficie y Akos atendía al funcionamiento de los motores e iba dando datos sobre el descenso de la reserva de materias radioactivas.

Durante quince minutos sobrevolaron una serie de colinas y cerros de los cuales se escapaban finas columnas de vapor blanquecino que ascendían con fuerza como impulsadas por fuerte presión, reconocieron concienzudamente los alrededores, subieron y bajaron, describieron círculos cada vez más cerrados y estrechos y por fin...

¡Ya lo tenemos! —anunció Cesia con voz alborozada.

La pantalla del detector hervía con los rasgos lumínicos de una serie de ráfagas intermitentes, con el brillo de un relampagueo fugaz que se produjera a unos 400 kilómetros de distancia.

—Eso me recuerda el momento en que nos metimos de lleno entre vuestras aeronaves y las noidias, durante el combate en que nos capturasteis —dijo Murdock dirigiéndose a Enoka.

—Y desde luego parece un combate —repuso la amazona contemplando atentamente las señales del detector.

—No puede ser más que entre los hombres de Noidim y tus compatriotas, Enoka —añadió Lester—, dado que desconocemos la existencia de otros seres capaces de emplear tales armas.

—O de los amigos de Enoka contra monstruos semejantes al que vimos en el mar de lava —apuntó Jimmy.

—Sea lo que fuero pronto lo sabremos —resumió impaciente Murdock—. Esperad tan sólo a que atravesemos aquella línea montañosa.

Las crestas rojizas de los montes pasaron por debajo de la esterilla para dar paso a una nueva llanura, extensa y amplia,

presidida por el cono aguzado de un volcán que lanzaba humaredas intermitentes; rodeándolo había un manchón escarlata una caldera inmensa de hirviente lava de la cual se desprendían gigantescas burbujas gaseosas. A la derecha, como naciendo de la tierra firme en medio del tenebroso mar, se iniciaban los contrafuertes de las montañas para formar una meseta de unos diez kilómetros cuadrados de extensión, cerrada al fondo por la línea agreste de los montes y las colinas. A la izquierda se extendía el bosque iniciándose junto mismo al manchón de lava bajo la forma de petrificados troncos y sucediéndose hasta perderse de vista cubriendo las ondulaciones del terreno.

Pero nada de ello pudieron observar los tripulantes de la esferilla, dado que su interés había quedado prendido en el fantástico espectáculo de las nubecillas de polvo y humo que brotaban junto a las rocas escarpadas de la derecha, a la visión del alargado huso amarillo que se destacaba claramente sobre la tierra rojiza y a la sucesión de diminutos y negros puntos que corrían velozmente sobre la llanura como buscando protección.

Nadie necesitó decir nada. Murdock sintió encenderse su sangre y retroceder instintivamente a los lejanos días de la guerra en que pelearon contra alemanes y japoneses. Tomó a verse a bordo de su avión en aquellos vuelos de reconocimiento, las misiones de ametrallamiento de tropas y las acciones ofensivas de su bombardero. Se convirtió de nuevo en un soldado, en el oficial eficiente y experimentado que sabe conducir a sus hombres hacia la batalla, y ordenó con voz firme:

—¡Inversión de los motores! Vamos a tomar tierra junto a los nuestros.

Le contestó un aullido alborozado de Jimmy y un gesto de asentimiento unánime. Cerniéndose sobre el lugar del combate pudieron apreciar que un grupo reducido se defendía valerosamente contra el ataque de un enemigo oculto entre el lindero del bosque. Las características explosiones de los proyectiles atómicos salpicaban la llanura con sus humaredas parduzcas, y hasta era posible distinguir los trallazos luminosos de unos rayos, procedentes a todas luces de pistolas eléctricas.

Seguros de haber sido avistados por ambos contendientes, Murdock llevó a la esferilla hasta un lugar apartado y dirigió la maniobra de descenso que les posó sobre la falda de una colina, a un kilómetro escaso del teatro de la lucha, pero defendidos por él por la misma elevación del terreno que les recibiera en la parte

opuesta al escenario del combate.

—Creo que sería mejor mantener en el aire la esferilla, Murdock —dijo Enoka cuando iniciaban el descenso—. Akos podría quedarse en ella, y ya que no contamos con suficientes armas, al menos tendríamos asegurado un medio de escape en caso de que sucediera lo peor y fuéramos derrotados.

—No te falta razón, muchacha —concedió él—, pero debemos considerar también que con nuestras solas fuerzas estarmos condenados a perecer, tarde o temprano, sobre la superficie de este planeta, y que vale más morir luchando por nuestra salvación representada completamente por esa aeronave del otro lado de la colina. Pienso atacar con toda la gente que tenga a bordo y utilizando las armas de que disponemos. Si los tuyos son derrotados por los noidios, superiores evidentemente en número, entonces...

—Dices bien, Murdock. Todos contra ellos a por la victoria... o la muerte.

Se distribuyó el armamento de forma que Alves y Durisan cubriesen al grupo con los dos fusiles atómicos y Murdock, Enoka y Akos formasen la vanguardia, armados los primeros con las pistolas eléctricas y el hombre de Kaoni con una pesada herramienta que sacó de la sala de máquinas. Lester Doc, Cesia y Jimmy, provistos también de contundentes útiles, irían entre ambas secciones procurando protegerse todo lo posible.

—De acuerdo, general —dijo Jimmy—. Tú mandas y nosotros obedecemos.

—Intentaré primeramente conseguir armas, muchacho —repuso Murdock—, repitiendo los expeditivos procedimientos que empleábamos en la guerra, es decir, quitándoselas al enemigo. Calculo que ahora estamos entre nuestros enemigos y los hombres de Kaoni y la esferilla constituirá un buen cebo para atraer a los noidios que indudablemente nos han visto. Pero si este plan falla, iremos a buscarles al bosque.

Tan pronto como la aeronave se estabilizó sobre la falda de la colina, toda la tripulación saltó por la escotilla y se diseminó por el suelo de acuerdo con las instrucciones recibidas. Con un galope rápido, sintiendo el calor de la tierra bajo sus plantas, se alejaron trescientos metros para ganar la protección de unas rocas y permanecieron allí unos minutos escuchando el fragor de las explosiones que venía del otro lado de la colina. Ei bosque, frente a ellos, tenía un aspecto amenazador y sombrío que no presagiaba nada bueno para quien intentara penetrar en él. La espera se hizo

pesada; nadie acudía al señuelo de la esferilla aterrizada un poco más lejos y Murdock comenzó a impacientarse, incapaz de dominar la fiebre combativa que se adueñaba de él.

— Ven conmigo, Alves —dijo—. Vamos a meternos en el bosque.

— Yo también voy, jefe —pidió Jimmy mientras Enoka miraba al piloto con ojos de angustia.

—No, muchacho. Todos vosotros deberéis permanecer aquí hasta nuestro regreso.

La amazona se acercó a Murdock y le puso la mano sobre el hombro diciéndole:

—Ten cuidado, o al menos déjame que te acompañe.

El tomó sus manos entre las suyas y sonrió animoso al tiempo de responder:

—Prefiero no exponerte a ningún peligro, Enoka, porque si te ocurriera algo por mi culpa... no podría perdonármelo nunca. Espera nuestra vuelta; no tardaremos en regresar.

Desde el refugio de las rocas les vieron rastrear sobre la tierra, apoyándose en los codos y las rodillas, alcanzar la linde del bosque y desaparecer en él, tragados por el laberinto de troncos.

—¿Como en los viejos tiempos, George? —susurró Alves al tiempo de internarse en la espesura.

—En efecto, muchacho; sólo que esta vez no son japoneses o alemanes, sino enemigos mucho más poderosos. Nos va a hacer falta mucha calma y más cautela todavía.

Parapetados tras de unos troncos, guiándose por el espaciado rumor de los estallidos que repercutían bajo el dosel de hojas espinosas, se detuvieron breves instantes para fijar una dirección determinada.

—Vamos Alves; hacia la derecha

Avanzaron otros doscientos metros... y esta vez percibieron claramente el rumor que poco antes les sobresaltara. Alguien venía hacia ellos con marcha cautelosa, pero su avance quedó delatado por un leve choque metálico, el sonido de un arma o de un casco golpeando contra los troncos.

— ¡Quieto, Alves!

Treinta segundos después les vieron. Eran cuatro hombres en todo semejantes a los cadáveres contemplados junto a la esfera noidia, cuatro soldados en los cuales se notaba también el efecto de

la precipitada salida de su aeronave para salvar la vida. Sus trajes de presión estaban sucios y rotos por algunos sitios; en sus semblantes se advertía una expresión macilenta y cansada y sólo los ojos, brillando intensamente, advertían la ferocidad que les animaba, tal vez la acuciante necesidad de vencer a que les llevaba acaso el hambre o el influjo de las privaciones. Iban deficientemente armados; sólo uno de ellos tenía fusil, un arma muy semejante a la de Alves y que funcionaba acaso mediante los mismos principios, y los tres restantes empuñaban sendas pistolas eléctricas.

—Déjalos pasar.

Cruzaron a cuarenta metros por delante de tilos, siguiendo una dirección que indudablemente les conduciría hacia la esterilla.

— Ya son nuestros, Murdock —dijo Alves con voz excitada—. Vamos tras ellos y les cogeremos entre dos fuegos.

Como si fuera el clarín precursor de !a batalla, un potente estallido resonó hacia la linde del bosque y hasta Murdock y Alves llegó el efecto de la onda expansiva. Vedijas de humo pardo se enredaron entre los troncos señalando el lugar de la explosión, y los árboles se estremecieron con fuerza bajo sus efectos desprendiendo una nube de punzantes hojas.

— ¡Son los nuestros! —casi gritó el brasileño—. ¡Les están atacando!

El característico trallazo de una pistola eléctrica llegó hasta ellos al mismo tiempo que una segunda detonación atómica. Y como si aquello fuera un acicate más que suficiente, los dos terrestres se incorporaron y corrieron presurosos, desandando el camino que les introdujera en el bosque, protegiéndose tras los troncos y siguiendo el leve rastro del enemigo que avanzaba delante de ellos.

— ¡Cuidado, Alves! —gritó Murdock.

La reacción de! brasileño fue más instintiva que real. Se dejó caer de rodillas al mismo tiempo que sobre su cabeza pasaba la ráfaga luminosa de un disparo eléctrico, y casi sin apuntar, guiándose por la trayectoria de fuego, disparó su fusil enviando un proyectil hacia la espesura. Girando sobre sí mismo cambió de lugar para guarecerse tras un tronco derribado, sintió sacudirlo su cuerpo por el temblor del suelo que transmitía la explosión de la diminuta granada atómica y se reunió después con Murdock que avizoraba la espesura girando en abanico sobre ella el cañón de su pistola eléctrica.

— ¡Corramos ahora., muchacho!

Rápidamente retrocedieron hacia la llanura,

zigzagueando veloces para eludir los proyectiles que a buen seguro dirigían contra ellos, pero alcanzaron un nuevo refugio sin más estrépito que el tronar de la batalla que debía estar desarrollándose en tomo a la esferilla.

—Confieso que mi plan ha fracasado —musitó Murdock—. Debimos tener más paciencia y aguardar a que se presentaran a descubierto.

—Te lamentas en vano, Murdock. Dentro de poco podremos verlos y hasta disparar sobre seguro.

Desde la última barrera de troncos presenciaron el espectáculo. Un grupo integrado a lo menos por nueve noidios hostilizaban con dos fusiles atómicos el refugio rocoso en donde se guarecían las amazonas y el resto de los terrestres. Se veía claramente que intentaban conquistar la esferilla y que centraban su interés en capturarla intacta a juzgar por el poco aprecio que hacían a los disparos atómicos que alguien —debía ser Durisan— les hacía desde el resguardo de su envoltura metálica.

No menos de quinientos metros de terreno descubierto separaban a Murdock y Alves de la esferilla y casi otros tantos hasta el conglomerado de rocas de donde salían los pistoletazos de la defensa.

Pero su posición era inmejorable para tomar de flanco a los atacantes y una sonrisa de triunfo brotó en los labios de Alves al ver aparecer a los cuatro noidios del bosque entre unos troncos a treinta metros por su izquierda.

—Esos no lo contarán, Murdock —murmuró.

Brotó un disparo de su fusil y súbitamente se encendió sobre los cuatro noidios la llamarada intensa de la explosión al mismo tiempo que una nube de humo se abatía sobre ellos. Casi enseguida los dos terrestres se desplazaron en aquella dirección, a riesgo de contaminarse con la radioactividad pero decididos a convencerse del aniquilamiento de sus enemigos. La reacción del otro grupo atacante se tradujo en una serie de disparos atómicos que borraron de la llanura la existencia de aquellas rocas tras de las cuales suponían Murdock y Alves a sus amigos.

Una exclamación de dolor y rabia brotó de los labios del norteamericano al adivinar la destrucción de los suyos. Hubo un sollozo contenido en su voz al murmurar:

— ¡Tú también... Enoka!

Un nuevo disparo salió desde detrás de la esfera al mismo tiempo que Alves, ciego de cólera, hacía fuego también contra el grupo noidio levantando un turbión de humo y fuego sobre ellos. Murdock alcanzaba entonces el lugar en donde estallara la primera granada y sólo pudo encontrar fragmentos despedazados de los trajes metálicos, un brazo y una mano cuyos dedos aún se retorcían espas- módicamente y un amasijo de metales fundidos que parecía ser cuanto quedaba del fusil atómico. Sólo encontró intacta una pistola eléctrica, pero hubo de arrojarla nuevamente cuando se convenció de que su reserva energética había sido descargada indudablemente por la misma explosión.

Un chasquido sonando entre los troncos le obligó a arrojarse al suelo casi junto a los restos destrozados de sus enemigos. Lentamente se alzó del suelo una cabeza observando atentamente el lugar de la matanza; unos anchos hombros la siguieron y por último unos brazos impulsando al cuerpo hacia adelante. Era un gigantesco noidio quien se le enfrentaba, pero para el norteamericano no hubo prudencia ni tiempo para considerar la desigualdad de condiciones en que se encontraba con respecto a él sólo pensó en que era un enemigo, uno de los causantes de la desaparición de sus amigos y de Enoka y que debía aniquilarle antes de que pudiera hacer uso del fusil atómico que llevaba.

Saltó sobre él cuando la distancia fue demasiado corta para emplear la pistola eléctrica a riesgo de desintegrarse él mismo y su empuje derribó al noidio que se incorporaba en aquellos instantes. La sorpresa inicial dio ventaja a Murdock quien se encontró cabalgando sobre el vientre de su adversario y atenazando con ambas manos su robusta garganta después de perder la pistola en el choque. Apretó con fuerza, pero pronto hubo de convencerse de que lo que bastaba para estrangular a un terrestre no era suficiente contra un noidio. Era la primera vez que se enfrentaba con ellos cuerpo a cuerpo y tampoco conocía demasiados detalles sobre su naturaleza y sus condiciones físicas. Pero empezó a darse cuenta cuando una flexión de pierna y un violento golpe le lanzó por el aire, de espaldas, para aterrizar ruidosamente a los pies de su enemigo que se incorporaba con la velocidad del rayo.

Hubo una voz de cólera en la boca de aquel hombre que se precipitaba sobre Murdock con el ímpetu de una locomotora. Instintivamente esquivó éste su choque por el procedimiento de girar sobre sí mismo, pero no pudo impedir que uno de aquellos largos le atrapara con fuerza por un hombro. Se sintió levantado en

vilo, sacudido de la misma forma que el ratón sacude al gato antes de devorarlo y, por último, lanzado contra un árbol debiendo tan sólo a su buena estrella el no desnucarse.

La fuerza de Murdock era impotente ante la de aquel poderoso noidio y el norteamericano, al mismo tiempo que lanzaba un grito de aviso a Mario Alves, se levantó rápido para esquivar de nuevo el montón de carne que se le venía encima. Esta vez anduvo más listo y pudo, además, golpear rápidamente con el canto de la mano sobre el antebrazo de su enemigo.

¡Las armas yacían abandonadas sobre la tierra caliente y los dos seres se enfrentaban como en los tiempos primitivos: haciendo valer la respectiva fortaleza de sus miembros y la agilidad de sus cuerpos.

— ¡Al suelo, Murdock!... ¡Al suelo, deprisa!

La voz de Mario Alves sobresaltó a George escuchándola tan cerca. Frente a él estaba el robusto corpachón del noidio obstaculizando la visión, acorralándole inexorable hacia el tronco de un árbol contra el cual pensaba seguramente estrellarlo, sin que valieran las tretas, fintas y saltos de costado del terrestre. Por ello, atendiendo el aviso y al mismo tiempo que el adversario delataba su sorpresa con un movimiento de cabeza, Murdock brincó de costado dejándose caer sobre las rodillas y agazapándose veloz tras el tronco más próximo. El trallazo seco de una pistola resonó entre la espesura y el noidio lanzó un alarido de dolor, girando sobre sí mismo en un postrer intento de hacer frente al enemigo. Alves disparó de nuevo y aquél cayó al suelo mientras de su cuerpo, carbonizado por la poderosa descarga, se escapaba una nubecilla de humo naciendo de entre la carne negra y achicharrada.

—Gra... gracias, Mario —tartamudeó jadeante Murdock—. Llegué... llegué a pensar que... no podía con él.

—Vámonos, George —repuso escuetamente el brasileño—. Tratemos de encontrar lo que ha quedado de nuestros compañeros.

Su sorpresa subió de punto cuando al atravesar cautelosamente la linde del bosque percibieron la gruesa figura de Jimmy erguida sobre la estructura metálica de la esferilla. Miraba ansiosamente en torno suyo y gritó de alegría al divisar a las dos solitarias figuras que corrían hacia él con toda la velocidad de sus piernas. Había silencio donde antes estuvieran los noidios atacantes y tan solo una nubecilla negra se disgregaba lentamente en la altura como único rastro de su anterior presencia.

Un grito ronco se escapó de la garganta de Murdock cuando fue a darse casi de bruces con una muchacha a quien había dado por

muerta:

— ¡Enoka… Enoka querida!

Ella se sorprendió ante los transportes de alegría de Murdock sin llegar a comprender qué causa los motivaba, pero fue incapaz de hacer ni decir nada porque los brazos del piloto la rodearon para acercarla a su pecho y sobre sus labios se posaron otros dando el primer beso que recibía una amazona de Kaoni, pero que, mujer al fin, aceptó comprendiendo que era la máxima expresión del cariño de aquel terrestre cuyas reacciones y sentimientos no le eran del todo indiferentes.

—¿Qué has hecho, Murdock? —preguntó retrocediendo unos pasos y llevando sus dedos a los labios.

—Lo que debí hacer mucho antes, Enoka —repuso sonriente George ante las miradas socarronas de sus compañeros—. Lo que ya era incapaz de guardar en mi corazón. Te quiero, Enoka; creo que te quise desde el primer momento y he necesitado creerte muerta para darme cuenta de cuán grande era el amor que llevaba dentro de mí.

—Yo… yo no comprendo…

—Lo comprenderás, Enoka. Lo comprenderás bien… pero ahora sólo deseo que me des una respuesta, algo que confirme…

Ella sonrió misteriosa y sus hermosos ojos chispearon de malicia. Nuevamente dejaba de ser soldado para convertirse en mujer, en una mujer enamorada que se acercó hacia George Murdock y tomó sus manos diciéndole:

—¿Tardaré mucho en comprenderlo?

CAPÍTULO VIII

FUGITIVOS EN EL COSMOS

PASADOS los primeros transportes de alegría, Murdock quiso saber lo sucedido y se encaró con Jimmy que no había dejado de hablar sin que nadie le hiciera caso.

—Que te lo cuente Mario, jefe —dijo riendo cuando George le interrogó—. Tú estabas tan ocupado charlando con Enoka que no me hiciste caso.

—Vamos, Jimmy, que no estoy para bromas.

-Está bien, jefe; no te enfades. Te lo resumiré en pocas palabras y verás cómo también nosotros pusimos en práctica planes acertados. Vimos aparecer a la patrulla noidia poco después de marcharte con Mario; desde su posición hostigaban de flanco nuestro refugio de las rocas y decidimos cambiar de sitio, ocultándonos detrás de la esferilla. Sólo Akos se quedó en las rocas con la pistola de Enoka... y organizamos la defensa. Te advierto que vas a casarte con una magnífica tiradora, jefe; Enoka fue quien disparó contra esos tipos reduciéndolos a polvo, pero no antes de que ellos pulverizaran las rocas y desintegrasen al valiente Akos, que no les dejó avanzar un solo paso mientras estuvo vivo. Lo demás ya lo sabes por ti mismo; nos intrigó un poco el jaleo que se había armado dentro del bosque y comprendimos que erais vosotros dos quienes lo promovíais.

—Y gracias a que Mario estaba cerca, Jimmy, porque de lo contrario no lo cuento. Jamás imaginé que esos noidios tuvieran tanta fuerza, y eso que yo no me considero de alfeñique precisamente. Pulverizamos a cuatro de ellos y peleé con otro, seguramente superviviente de la patrulla aniquilada por Enoka. Os creímos muertos a todos al ver desaparecer vuestro refugio bajo aquel turbión de proyectiles y de ahí nuestra alegría y sorpresa al ver...

—Para mí no fue una sorpresa, jefe, al menos en lo que se refiere al epílogo. Lester y yo habíamos cruzado apuestas sobre lo que tardarías en declararte... y lo malo es que me ha ganado ese bribón.

—Estamos olvidando lo principal, Murdock —cortó Alves para encauzar nuevamente la conversación—. ¿Qué ha sido de nuestros

amigos del otro lado de la colina?

—Ven y lo sabrás, Mario —repuso el mecánico—. Nos asomamos antes y nos recibieron a tiros.

—Sí, Murdock —añadió Lester—, pero es que confundieron a Jimmy con un noidio. Lo malo es que no le acertaron.

Ascendieron deprisa la ladera y se asomaron cautelosos sobre la cumbre de la colina. Por debajo de ellos estaba la aeronave, a cosa de un kilómetro, aparentemente intacta después del combate y se veía a una pareja de muchachas vigilando atentas con las armas dispuestas. También allí los noidios respetaron la aeronave por el mismo motivo que sus disparos no alcanzaron la esferilla; deseaban conquistarla sin mengua para abandonar aquel planeta inhóspito que no era más que una cárcel inmensa encubierta bajo el disfraz de isla salvadora.

— ¡Atención allí! —gritó Jimmy al percibir un brillo metálico entre los árboles.

Los dos centinelas alzaron la vista al escucharle y sus armas se aprestaron para hacer fuego contra los intrusos de la colina. Antes, sin embargo, brotó un destello rojo desde el bosque al mismo tiempo que resonaba un característico trallazo. Los tripulantes de la aeronave de Kaoni llegaron a tiempo de ver arder a los centinelas bajo el abrasador influjo de aquel rayo cuya trayectoria no dejaba lugar a dudas, y vieron también cómo uno do aquellos intrusos so arrodillaba y dirigía su fusil hacia el punto de donde partiera el trallazo. Una granada atómica bastó para detener a las dos figuras huidizas que intentaban retirarse y que fueron identificados como noidios por el característico foco rojo que adornaba sus cascos.

Seis o siete hombres formaron apretado grupo para recibir a los que descendían de la colina, sin acabar de comprender que eran amigos y que sobraban las precauciones. Al acortarse la distancia distinguieron las facciones de las tres muchachas que marchaban delante, se dilataron sus ojos con la sorpresa y comenzaron las exclamaciones de alegría. Muy pronto estuvieron todos juntos. Enoka se presentaba como «gar» (especie de coronel en el ejército terrestre, como ya conocían Murdock y los suyos) encargado del mando de las tropas de la escuadrilla real y preguntaba a su vez por el jefe de aquella aeronave, recibiendo como respuesta un gesto significativo que hacía comprender que pereció en la batalla.

—Pero el jefe debía ser una mujer y aquí no veo más que hombres —decía Jimmy.

Sólo siete quedaban de los tripulantes de aquella aeronave. Los

demás, incluyendo a las dos muchachas que vieron perecer recientemente, se convirtieron en polvo bajo el ataque de los noidios, constituyendo las bajas necesarias para alcanzar la victoria total. Ahora estaban pidiendo excusas a Enoka los supervivientes por su extraña conducta cuando los vieron aparecer sobre la colina. Para ellos, dado que desconocían la presencia de compatriotas en aquel planeta, todo ser que no estuviera junto a la aeronave era un enemigo y como a tal debían tratarlo. Miraban con recelo a los terrestres sin acabar de convencerse de su condición de valiosos aliados, y fueron necesarias muchas explicaciones de Enoka y sus dos compañeras antes de que desaparecieran los gestos duros en sus rostros y se iniciaran las primeras señales de amistad entre ellos.

—Estupendo —resumió Jimmy—. Todos reunidos y a punto de emprender la marcha. ¿Cuándo salimos, jefe?

No tan pronto como el mecánico deseaba. La aeronave necesitaba una seria reparación de las averías recibidas durante el combate estelar y sus tripulantes eran también unos fugitivos del Cosmos, unos seres que, al igual que ellos, buscaron refugio en aquel planeta para salvar la vida. Confiaban, sí, en lograr su propósito, pero se les veía vacilantes e indecisos, faltos de alguien que les guiara y abrumados por las noticias dadas a Enoka acerca de los catastróficos resultados de aquella batalla, durante la cual se enfrentaron a los noidios las últimos supervivientes de Kaoni. La nave real había sido desintegrada; los tres «dokos» de la escuadrilla fueron dispersados bajo el fulminante ataque de las esferas noidias y sus unidades aniquiladas una a una hasta su total exterminio. Sólo ellos, con toda seguridad, consiguieron escapar con vida del desastre y alcanzar aquel planeta después de vagar incansables por el espacio en su busca.

Nada quedaba de las tropas —femeninas todas— que guarnecían la aeronave. La batalla y defensa de su vehículo sideral costó más bajas de las que pudieron imaginar y aunque los noidios quedaron vencidos y exterminados, hubo de pagarse alto tributo por el éxito. Siete hombres entre científicos y técnicos era cuanto quedaba de la pasada grandeza de Kaoni. Tres mujeres constituían el grueso del en otro tiempo poderoso ejército.

¿Y qué importa eso ahora? —dijo Murdock—.

La Tierra nos aguarda para recibirnos y sólo a ella podemos considerar como nuestra patria. Aunemos nuestros esfuerzos para llegar hasta ella...

Suponiendo que los noidios no estén allí, jefe.

Dentro de poco les encontraremos en todos los sitios, Jimmy —sentenció Alves—, pero nuestro deber es llegar a la Tierra y avisarles del peligro que corren.

—Calla, Mario —atajó rápido el mecánico—. Me estás recordando una situación semejante, cuando el manicomio era el toma predilecto de nuestras conversaciones, y recuerdo también que entonces comenzaron todas las calamidades.

Y esta vez también estaban a punto de ocurrir, según se desprendía de las palabras de uno de aquellos científicos de Kaoni. Señalaba hacia el volcán que presidía la inmensidad de la llanura, el mar de lava que tenía en torno, las primeras estribaciones de la meseta sobre la cual se aposentaban...

—Teme al volcán —resumió Alves—, porque calcula que cuando la erupción se produzca ese mar de lava inundará la llanura, aunque no tanto como para rebasar el límite de la meseta. Aconseja meter la aeronave en la caverna que descubrieron hace unos días; iban a efectuar esa operación sin demora, cuando les sorprendió el ataque noidio.

—Y si la lava no ha de llegar hasta aquí, ¿para qué quieren guardar esa lata de conservas? —dijo Jimmy.

—Olvidas, amigo, que los volcanes arrojan también grandes peñascos; estos hombres no quieren exponerse lo más mínimo a un nuevo accidente que estropee definitivamente su aeronave.

—Y hacen bien, ¡cáspita! —repuso el mecánico, prontamente pasado a su bando—. ¡Es lo único que tenemos para regresar a la Tierra!

* * *

En los siguientes días los trabajos se multiplicaron hasta verse coronados por el éxito. Provistos de herramientas y utensilios adecuados, todos se dedicaron a limpiar de obstáculos la meseta trazando una especie de surco en dirección a la enorme gruta descubierta en uno de los contrafuertes rocosos. Bajo el impulso de sus reactores, la aeronave se deslizó sobre el suelo, muy despacio, avanzando a golpes y bajo la vigilancia de los hombres que desde la tierra modificaban el resultado de las maniobras. Habían improvisado una especie de patines para el deslizamiento, ya que era imposible poner ruedas a aquella inmensa mole, pero el procedimiento no resultaba tan factible como lo imaginaron, y les costó cinco jornadas enteras conseguir sus propósitos. La duda de Jimmy acerca de cómo sacarían de allí la aeronave después de

reparada, la resolvió uno de aquellos hombres de Kaoni, mostrándole el valle rectilíneo que se extendía a espaldas de la caverna y explicándole de qué forma perforarían la montaña para hacer un túnel que les facilitara el paso. No faltaban explosivos... pero todo ello vendría mucho después, cuando las reparaciones estuvieran concluidas y la aeronave lista para emprender el último vuelo hacia la Tierra.

—A mí ya no me extraña nada —confesó Jimrny cuando se entrevistó con su jefe—. Si ahora me dijeran...

Permaneció inmóvil mirando hacia la altura y lanzó su exclamación favorita:

— ¡Cien... quinientos mil millones de bujías...!

Y como Murdock le mirara con sorpresa, el mecánico, que casi no podía hablar de asombro, tartamudeó:

—Yo... yo debo estar soñando... ¡Jefe, que es cierto!...

—Pero, Jimmy, ¿qué diablos ocurre?

—¡Allí! —balbuceó—. ¡Una aeronave que no corresponde a ningún modelo conocido!

Todos miraron a lo alto pensando que verdaderamente el cansancio y la natural fatiga de aquellos días de ajetreo turbaba la visión de Jimmy... Pero gritaron de asombro al comprobar que aquél estaba en lo cierto, que el cielo era surcado por una aeronave de extraña forma, al menos diferente a las que ellos estaban acostumbrados a contemplar— y que, empujada por cinco chorros ígneos surcaba el espacio buscando un punto de aterrizaje.

—Es... imposible! —murmuró Enoka acercándose instintivamente a Murdock, como en demanda de protección ante el desconocido peligro que tal aparición podía entrañar.

—¡Pero esto no es un planeta solitario! —barbotó Jimmy—. ¡Esto es el final del trayecto de todos los viajes a través del espacio!

Murdock corría hacia la esferilla que, renovada su provisión de carburante, estaba siempre pronta para vuelos de exploración y vigilancia. Tras él iban Enoka y Mario Alves, dispuestos a averiguar la identidad de los recién llegados.

— ¡Eh, vosotros! —chilló el sorprendido Jimmy—. ¡Esperadme!

Llegó tarde. La esferilla se alzaba ya entre el rabioso zumbar de sus motores y cortaba rauda las copas atmosféricas para salir al encuentro de aquella aeronave desconocida que la profundidad del horizonte semejaba haberse tragado. Dándose a todos los demonios,

Jimmy tascó el freno de su impaciencia durante las cuatro largas horas en que la diminuta aeronave tardó en regresar y dio un suspiro de alivio al verla posarse a corta distancia de la gruta, quedar inmóvil y saltar la trapa de la escotilla para dar paso al rostro de Mario Alves, pálido de emoción y trémulo de entusiasmo.

— ¡Corre, Jimmy y tú, Lester! —llamó—. ¡Ayudadme!

¡No! exclamó Jimmy, atónito, cuando contempló el primer cuerpo inanimado que era extraído de la esferilla.

—Sí, Jimmy— le contestó entrecortadamente Murdock—. Son hombres de la Tierra, son compatriotas nuestros.

—Y el resto ya lo conocen ustedes —finalizó Murdock dirigiéndose al auditorio—. En sucesivos viajes nuestra esferilla les fue transportando hasta la gruta en donde rápidamente se habilitaron lechos para los heridos y conmocionados.

Fue algo verdaderamente fantástico e increíble —añadió Jimmy —. Al contemplarles tenía que pellizcarme para convencerme de que no soñaba. ¡Hombres de la Tierra! ¡Seres que hablaban en inglés como nosotros que hasta incluso eran norteamericanos! Desde entonces he pensado mucho en la manida frase de que «el mundo es un pañuelo» y no dejo de preguntarme: ¿Y si extendiéramos ese pañuelo sobre el espacio para asegurar que también él era semejante a la Tierra?

Lo único lamentable fue la pérdida de sus dos compañeros, de Morcy y el capitán Hurbult —dijo Lester—. Pero nos consuela el hecho de que el resto haya podido salvarse mediante nuestra ayuda y la-de estos magníficos hombres de Kaoni, a quienes nunca agradeceremos bastante los esfuerzos de su ciencia para combatir la radioactividad que les contaminaba a todos ustedes.

—Creo que sobre ese aspecto somos nosotros quienes debemos opinar —contestó sonriendo el profesor Allyson—, y no hace falta que añada las expresiones de simpatía de todos mis compañeros hacia nuestros salvadores.

El matemático se levantó para contemplar la superficie del planeta envuelta por las sombras de la noche y añadió:

—Extraño mundo éste en donde se dieron cita todos los fugitivos en el Cosmos llevados siempre del mismo estímulo. Los hombres de Kaoni, los noidios, nuestros compatriotas y nosotros mismos, últimos llegados a él, lo hicimos huyendo de terribles peligros y mortales riesgos. Y, sin embargo, unidos en nuestra desgracia, constituimos un número compacto y firme que mantiene su

esperanza de regreso a la Tierra, que sueña por contemplar de nuevo los familiares panoramas del astro rey… y que hasta ha sabido encontrar la felicidad en el amor y en el cariño, en el afecto nacido hasta entre seres de distintas condiciones y naturalezas y que ahora forman las dos parejas más maravillosas que jamás he contemplado: Murdock y Enoka; Harry Travers y Betty Patterson.

—Habrá de añadirme a mí entre ellos, profesor Allyson —dijo riendo Mario Alves—. No soy insensible a los encantos de Cesía y tampoco a ella parece desagradable mi presencia, ¿no es cierto, adorable amazona?

— ¡Cien millones de bujías! —rugió Jimmy—. Eso nos deja a Lester y a mí con una sola perspectiva de noviazgo. ¡Cáspita! ¿Cuántos hombres solteros hay entre ustedes, expedicionarios del éter?

—Todos, Jimmy —le contestó riendo Paul Anderson— y todos dispuestos a arrebatarle el cariño de Durisan.

—¡Ah, maldición!… ¡Les desafío a todos a que lo hagan! y volviéndose hacia su compañero Lester añadió:

—¿Eres capaz de aguantar una apuesta? Pues te juego doble contra sencillo a que, por esta vez, gano yo.

Las llamas de la hoguera, reflejándose sobre los rostros de todos, hacían resaltar la firme decisión de triunfo que les animaba.

Una decisión que les haría vencer todas las dificultades y peligros de la travesía, que haría continuar infatigablemente los trabajos de la reparación, que aseguraría el éxito de su empresa. Sólo en los ojos de los enamorados había ese brillo amoroso que les aislaba de los demás, pero que, dentro de su egoísmo, les imprimía una fuerza de voluntad superior a la de nadie. Para ellos fueron los últimos saludos de los expedicionarios que regresaban a la gruta para conciliar el sueño antes de continuar los interrumpidos trabajos de reparación.

—¡Eh, Jimmy! —llamó Lester al distinguir la figura del mecánico que trataba de escabullirse—. ¿Puede saberse a dónde vas?

—¡Maldita sea! Intentaba dar una serenata a Durisan para iniciarla en los sentimientos de mi corazón.

—Pues toma —repuso aquél entregándole una herramienta semejante a una llave inglesa de gran tamaño—. Templa tu guitarra y canta hasta que despiertes al volcán de su letargo.

Y sin hacer caso de los reniegos del mecánico desapareció en el

interior de la gruta mientras a sus espaldas estallaban unánimes las carcajadas de las tres parejas de enamorados que preferían robar unos minutos al descanso para dedicarlos a sonar.

Nada había que reprocharles. De aquel sueño feliz iba a surgir el regreso a la Tierra, el último vuelo de los fugitivos en el Cosmos.

FIN

INDICE

Novela

Novela

COLECCION
LUCHADORES DEL ESPACIO

ULTIMOS TITULOS PUBLICADOS

14.—Dos Mundos frente a frente, *George H. Wh*
15.—Salida hacia la Tierra, *George H. White.*
16.—Venimos a destruir el Mundo, *George H. Wh*
17.—Guerra de Autómatas, *George H. White.*
18.—Piratas del Espacio, *Alf. Regaldie.*
19.—Errantes en el infinito, *Alf. Regaldie.*
20.—El Misterio de los Hombres de Piedra, *Alf. galdie.*
21.—Trágico destino, *Alf. Regaldie.*
22.—Si los mundos chocan, *Alf. Regaldie.*
23.—Redención no contesta, *George H. White.*
24.—Mando siniestro, *George H. White.*
25.—División equis, *George H. White.*
26.—Robinsones cósmicos, *George H. White.*
27.—Muerte en la estratosfera, *George H. Wh*
28.—Destructores de mundos, *Alf Regaldie.*
29.—D-3 Base de monstruos, *Alf. Regaldie.*
30.—El Enigma de Acrón, *Alf. Regaldie.*
31.—Apocalipsis atómica, *Alf. Regaldie.*
32.—¡Ha muerto la Tierra!, *Joe Bennett.*
33.—Invasión nahumita, *George H. White.*
34.—Mares tenebrosos, *George H. White.*
35.—Contra el Imperio de Nahum, *George H. Wh*
36.—La guerra verde, *George H. White.*
37.—Amenaza latente, *Larry Winters.*
38.—Los hombres de Noidim, *Larry Winters.*
39.—La nueva Patria, *Larry Winters.*
40.—El hombre rojo de Tacom, *Walter Carriga*
41.—El reino de las sombras, *Walter Carrigan*
42.—Las bases de Tarka, *Walter Carrigan.*
43.—El *Kipsedón* sucumbe, *Walter Carrigan.*
44.—Motín en Valera, *George H. White.*
45.—El enigma de los hombres-planta, *G. H. Wh*
46.—El azote de la humanidad, *George H. Wh*
47.—La ruta de Marte, *Larry Winters.*
48.—Expedición al Eter, *Larry Winters.*
49.—Fugitivos en el Cosmos, *Larry Wnters.*

Vagando por el espacio infinito unos supervivientes constituyen la

AVANZADILLA A LA TIERRA.

lista para emprender el vuelo de regreso a su mundo y decidida a enfrentarse con la incognita de los peligros que les amenazan con la nueva novela de LARRY WINTERS

AVANZADILLA A LA TIERRA.

se cierra magistralmente el ciclo de unas fantásticas aventuras y se ofrece a los lectores otro título subyugante.

AVANZADILLA A LA TIERRA.

la obra que en su próximo número les ofrecerá la

Colección
Luchadores del Espacio

TIP. ARTÍSTICA

Precio: **5** pesetas

[←1]

Todo cuanto antecede viene a ser como un resumen de las obras «La ruta de Marte» y «Expedición al éter», publicadas en esta misma colección.

[←2]

Fusión, acto de fundirse un cuerpo o un material. Fisión, acto de fraccionarse un cuerpo o un material